CUADERNOS
DE LA
UNIVERSIDAD DEL AIRE
DEL CIRCUITO CMQ



PRIMER CURSO DE 1949

IDEAS Y PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO

Talleres de la Revista

Mayo 1949 — *Crónica* — 20 cts.

EDITORIAL LEX

LA HABANA

ligiones ni lenguaje; se resuelve que la antropología rehusa prestar apoyo científico alguno a la discriminación contra cualquier grupo social, lingüístico, religioso o político, bajo pretexto de ser un grupo racialmente inferior".

El Acuerdo XII del **Primer Congreso Demográfico Interamericano**, celebrado en México el año 1944, dice: "Se **resuelve**: "1. Recomendar a los gobiernos americanos que rechacen en absoluto toda política y toda acción de discriminación de carácter racial". "2. Que para tal fin, el vocablo "**raza**" no se usará en un sentido que implique, además de la herencia común de características físicas, ciertas cualidades psicológicas o características culturales, religiosas o lingüísticas; tomando en consideración que los criterios de clasificación raciales sólo connotan caracteres somáticos hereditarios, sin implicación de ningún otro carácter psicológico o cultural".

Con referencia especial al **Mejoramiento de la población afroamericana**, fué tomado unánimemente como Acuerdo XVI de dicho Congreso, el siguiente: "1. Recomendar a los gobiernos de América que dicten las disposiciones que crean necesarias para impulsar lo más rápidamente posible los procesos educativos que conduzcan al mejoramiento de las condiciones de vida de las poblaciones llamadas "afroamericanas", "negras" o "gente de color", con el fin de que la discriminación por motivo de raza o color sea eliminada en todas las relaciones humanas en general, y especialmente en aquellas situaciones que se refieren a las condiciones de trabajo, de habitación, de educación, de sanidad y de distribución de los servicios públicos; y el ejercicio de los derechos políticos resulte asegurado no solamente por la ley, sino también por los principios y prácticas que son esenciales al espíritu democrático de América"; "2. Estimular el estudio científico de las poblaciones negras, de sus condiciones, potencialidades, culturas en general, y de sus contribuciones a la herencia nacional y continental"; "3. Que los resultados de dichas investigaciones o estudios sean aprovechados en textos escolares y se difundan en forma apropiada, con el objeto de que se produzca una mejor comprensión entre todos los grupos sociales".

No obstante lo que enseña la ciencia, se insiste en decir que los seres humanos están divididos en **razas** distintas según inequívocos, originarios, hereditarios, permanentes y correlativos caracteres anatómicos, fisiológicos y espirituales, que determinan de manera ineluctable toda su vida individual y su historia colectiva. Y se pretende torpemente que **unas razas son superiores y otras inferiores**; aquéllas predestinadas para el predominio y éstas otras para la servidumbre.

Esas predestinaciones eran antes basadas en la mítica maldición que hizo Noé contra la descendencia de Cam. Esta leyenda impía en América fué aplicada igualmente a los indios y a los negros desde comienzos del siglo XVI y, por lo menos en Cuba, hasta 1896, cuando el Padre Casas, Provisor del Obispado de La Habana, publicaba que la guerra de independencia era cosa de los negros y que éstos, con su infelicidad y servidumbre, "sufren las consecuencias de un castigo y de una maldición que el Pentateuco nos refiere"... por la cual "su inferioridad viene perpetuándose a través de los siglos". Luego se ha recurrido a los más irresponsables artilugios de apariencia científica y a las más absurdas distorsiones de las ideas.

La raza es un concepto tan histórico y científicamente convencional y cambiadizo como social y vulgarmente altanero y despiadado. Pocos conceptos hay más confusos y envilecidos que el de raza. Confuso por lo impreciso e imprecisable, envilecido por los ruines menesteres políticos y sociales en que ha sido y es empleado. El mismo vocablo "raza" no tiene una pura generación y llega a nosotros manchado de infamia. "Raza" es voz de mala cuna, porque nació en la trata de animales, y de mala vida, porque ha servido y sirve para la opresión de inmensidad de gentes. "No hay formas corporales que sean exclusivas de raza alguna" (Scheinfeld). "Es imposible hallar un solo carácter específico de raza en todos los individuos de un dado grupo racial" (Stibbed). "Los llamados prototipos raciales son meras abstracciones" (Boas).

Además, no existe correlación alguna entre los caracteres psíquicos y los meramente anatómicos que se suelen reputar como raciales. No se ha demostrado que a cada raza humana corresponda un alma del color de la piel de aquélla; ni que, fuera de la fantasía, en un cuerpo de blanco pueda caber un alma negra o una blanca en la estructura corpórea de un negro. Ni se ha probado que haya razas con almas de color. No hay una psicología racial. No hay procedimientos científicos para establecer diferencias mentales entre los grupos humanos que se dicen razas. No puede afirmarse, por tanto, que una raza sea congénitamente superior o inferior a otra por su capacidad mental. "Con absoluta responsabilidad como biólogo profesional, ha dicho Lancelot Hogben, no vacilo en afirmar que todo el conocimiento auténtico existente acerca del modo en que los caracteres físicos de los grupos humanos guardan relación con su capacidad cultural, puede escribirse al dorso de un sello de correos".

Las diferencias mentales entre los grupos humanos no son cuestión de raza sino de cultura. No nacen por natura sino por

hechura. En las **razas** no hay jerarquías innatas de inteligencia, de sentimientos, ni de ética. "Carece de toda base científica cualquier gradación de las **razas** en "inferiores" y "superiores" o **en** "dominantes" y "subordinadas". (Malinowski). "Uno se siente casi tentado a creer que existe sólo una categoría de personas inferiores, y que son precisamente las que creen en la inferioridad de las demás". (Hertz) Por otra parte, "**El Homo Sapiens** es la más mestiza de todas las criaturas". (Schwesinger) "No ha habido una **raza** pura en nuestra especie al menos en diez mil años". (Dover)

Ya en 1784 J. G. von Herder protestó de que el vocablo "**raza**" se aplicara a las variedades de la especie humana. También el sutil filósofo Kant se preguntaba cómo definir una **raza.** Tal como se lo siguen preguntando los antropólogos y biólogos de hoy día. La Naturaleza no hace **razas** sino individuos humanos; son éstos los que se unen o se separan y se clasifican y reclasifican, según sus intereses, ideas y caprichos. "La **raza** es una invención humana". (Redfield). Según Faris: "La **raza** no es un hecho". "La **raza** es una cantidad metafísica", según Seligman. "La falacia de la **raza** es el más dañoso mito del hombre"... "La **raza** es una tortilla que no existe fuera de la sartén estadística donde ha sido cocinada por el ardor de la imaginación antropológica". (Ashley Montagu). El sociólogo Ross piensa que "la **raza** es la explicación barata que ofrecen los novatos para cualquier trazo humano colectivo del cual ellos no pueden, por exceso de estupidez o de pereza, indicar su origen en el ambiente físico o social y en las condiciones histéricas". Para H. J. Fleure y muchos otros antropólogos la voz "**raza**" ha dejado de tener significado antropológico alguno; más que un vocablo útil para las clasificaciones, es ya de uso peligroso y, por tanto, debe ser expurgado del vocabulario. La "**raza**" es una de tantas "mentiras convencionales" de nuestra civilización, dicho sea con términos de Max Nordau. Un pensador y estadista cubano, José Martí, dijo con razón, por el año 1890, que las **razas** eran inventadas por la especulación de los antropólogos, no eran sino "**razas de librería**"; pues no eran tales en realidad. Y dijo algo más, muy expresivo, que en Cuba no debiéramos olvidar: "**No hay odios de razas porque no hay razas**".

Contra estas doctrinas, algunos combaten calificándolas de falsedades y demagogia. Ya lo dijo el nazoide Boettiger: "Algunos sostienen que no existe eso que se dice "**raza**". Lo cual, dice aquél, muestra cómo los procesos de la investigación científica pueden conducir paso a paso a una posición equivalente a negar los valores de la vida". Pero esa opinión de Boettiger no

es otra cosa que la preferencia que suelen dar las mentes vulgares a sus apreciaciones subjetivas sobre las conclusiones experimentales de los científicos. Nos recuerda la anécdota citada por Melchior Gioja y atribuída nada menos que a un almirante inglés, el cual se jactaba de su saber geográfico diciendo: "A mí que no me vengan con que el mundo es redondo; yo le he dado la vuelta por mar varias veces y siempre lo he visto plano". La positiva y peor demagogia está en engañar a los pueblos haciéndoles creer que los dioses y los patriarcas los han maldecido o que los filósofos y los científicos pueden probar que están condenados, por supuestas deficiencias congénitas de "raza", a una inferioridad total e irremediable y que deben resignarse a ella renunciando a su progreso por la acción de su esfuerzo propio y del colectivo.

No faltan quienes, aun aceptando que la "raza" es un mito, pretextan el uso de ese vocablo "como una idea política o sea un lenguaje simbólico destinado a funcionar como un instrumento unificador de la vida del grupo social". Así pensaba Benito Mussolini cuando dijo, con razón: "La **raza** es un sentimiento, no una realidad". Lo cual no impidió que el fascismo empleara esa fuerza emocional de la mentira racista, como lo hicieron los nazis. Un diplomático de Hitler en la Habana nos decía poco antes de la gran guerra: "Sabemos que la **raza** no es una realidad, pero el racismo es una fuerza emotiva real y capaz de intensidades pasionales; por eso precisamente lo empleamos nosotros en nuestra política totalitaria. En este sentido, añadía, nuestro **arianismo** y nuestro **antijudaísmo** son verdaderos".

Según ha dicho Hooton, el sabio catedrático de antropología física en la Universidad de Harvard: "Desde tiempo inmemorial, ha habido quienes toman las variaciones hereditarias de la forma del cuerpo humano como base para aseverar que existe la inferioridad racial en cuanto concierne a la mentalidad y a la capacidad de civilizarse. Mediante este subterfugio vil, nuestros abuelos europeos justificaron su iniquidad de reducir al negro a la esclavitud, del mismo modo que el exterminio virtual del indio y de otros pueblos primitivos... El blanco endereza el mismo ilegítimo argumento contra miembros de su propia estirpe, cometiendo en nombre de la "**raza**" más crímenes que los que se han perpetrado en nombre de la Libertad".

Aun cuando en grado menos agresivo que en otros países, en Cuba aun siguen los antidemocráticos racismos, varios, unos contra otros. Contra los negros, contra los judíos, contra los españoles, contra los norteamericanos o nórdicos y hasta contra todos los cubanos conjuntamente, por quienes, en su petulancia, alegan un "destino manifiesto". En Cuba el racismo más grave es

contra el negro. Lo más negro del negro no está en la negrura de su piel sino en la de su condición social. La definición del negro como tipo humano, tal como generalmente se le conoce y considera por el blanco con prejuicios, se sale de la antropología para entrar en la política. El negro debe menos negrura a sus morenos antepasados que a sus blancos convivientes. El negro lo es no tanto por nacer negro como por ser socialmente privado de luces. Ser negro no es sólo ser negro, sino denegrido y denigrado.

Pero en Cuba hay otros racismos. Aquí no tenemos oficialmente un "Día de la Raza". La ley de 5 de octubre de 1922 dice textualmente: "Se declara día de fiesta nacional el doce de octubre de cada año, en conmemoración del Descubrimiento de América". El texto inequívoco de dicha ley es precisamente una negativa de Cuba a caer en esa propaganda reaccionaria de una supuesta "comunidad de raza", no por enemiga contra el pueblo español sino por lo que aquella campaña tiene de falsa, retrogresiva, colonialista y antiamericana. Como dijo el maestro Miguel de Unamuno: "Esta hoy ya fatídica palabra de "raza" es de origen español y sigue teniendo un sabor de animalidad. Los racistas, quieran o no, a sabiendas o sin saberlo, consideran a los pueblos como manadas de ovejas, a las que hay que esquilar". Por eso Unamuno (¡él, tan noblemente español!), fué siempre enemigo de que se celebrara "la fiesta de la raza", la cual, según el mismo decía, fué "raza que nació el mismo día que su fiesta".

Por fortuna en Cuba crece la cultura antiracista en todos sentidos y en la Constitución vigente ya hay un precepto que castiga el delito de "discriminación por motivo de sexo, raza, color, o clase y cualquier otra lesiva a la dignidad humana". ¡Este precepto constitucional debe cumplirse! Pero hay que hacer mucho más.

BIBLIOGRAFIA

"El Engaño de las Razas". Fernando Ortiz. Habana, 1946. En este libro se halla la bibliografía pertinente.

●

Antonio S. de Bustamante y Montoro

Las nuevas orientaciones del Derecho

LA exposición panorámica de las nuevas orientaciones del Derecho, en forma humanamente interesante, nos obliga a no dirigirnos técnicamente a los profesionales de tan áspera disciplina, aparentemente polvorienta y medioeval en lo que los siglos medios tuvieron de formalista y antivital, aparentemente artificial y artificiosa, sepultada en los ataúdes amarillentos de los sumarios, autos y expedientes; de las gacetas, de insípidas ideas y palabras; de los escritos e informes de sádica extensión...

Pero todo ello es apariencia, no realidad. El Derecho, despojado de su ingrata corteza, puede incluso dejar sentir, al simple contacto de una experiencia, el latido humano de la vida, con todos sus dramas y problemas individuales y sociales, en la compleja trama de los procesos sociales. Así pues, si dejamos a un lado el derecho en la práctica profesional; y apartamos nuestra mirada de la intrincada problemática de su técnica o interpretación; si tampoco nos ocupamos de los conceptos generales elaborados por la ciencia jurídica en relación con un ordenamiento particular, o con el estudio comparativo de los diversos ordenamientos positivos, ya en una época, ya al través de la historia; si nos abstenemos, esta vez con esfuerzo, de enfocar contenidos sociológicos, económicos, psicológicos o antropológicos, en relación con el control jurídico de la vida social, queda un campo bastante anchuroso grato, a la vista, para otear más complacidos: Es el campo de la filosofía, en que estas nuevas orientaciones que hoy vamos a esquematizar con la menor violencia posible, tienen su sede.

La Filosofía General, cambia con cada época, porque le refleja el sentido de la vida y tiene como función servirle al tiempo de

conciencia, haciéndole darse cuenta del obscuro sentimiento primario de la vida y del mundo. Sus orientaciones se reflejan en diversas experiencias sociales, especialmente en las jurídicas y en las disciplinas culturales que sobre su material viviente levanta el jurista. Sin embargo ese reflejo de la Filosofía General sobre el Derecho, tarda aproximadamente una generación en producir su influencia.

Así pues, al hablar de nuevas orientaciones del Derecho, tenemos que hablar de viejas orientaciones de Filosofía. Nos vemos obligados a hablar de positivismo neocrítico en materia de Derecho; de realismo sociológico ingenuo; de materialismo ya secular: como es evidente, ninguna de estas orientaciones tiene ya la menor vigencia filosófica: constituyen la última palabra en Derecho y ya han dejado de ser palabra de la época filosófica y mucho menos verbo en la vida del espíritu.

Claro está que Recasens y García Maynez reflejan en sus obras las más nuevas vibraciones del pensamiento filosófico, es decir, de la filosofía de la vida, de los valores, de la existencia; hasta de cierto perspectivismo y razón vital Orteguista. Se podría también hablar de Teoría del conocimiento y de Teoría ideal o estimativa, pero todo ello todavía se encuentra en espera de su propia maduración y plenitud y no sería discreto servir radialmente, en esta charla, frutas tan verdes.

La pregunta esencial que trata de contestar la Filosofía del Derecho, se formula de un modo muy sencillo, siguiendo un planteamiento genial de Kant, de la siguiente manera: ¿Qué es el Derecho? Es decir, ¿cuál es el ingrediente o sustancia de que está hecho eso que llamamos regla o norma de conducta jurídica, ya considerada aisladamente, en un solo precepto o en conjunto como el complejo de normas que regula la vida social íntegra de un Estado. Naturalmente, que siento dibujarse en la mente de mis oyentes un signo de interrogación en torno a la genialidad de este planteamiento: Su superlativo acierto y originalidad, consiste sin embargo, en haberse superado centuriales confusiones de los juristas con otra pregunta de tan sencilla formulación como la anterior y que es esta: ¿Cuál es mi derecho?, referente a la cuestión de las facultades subjetivas de que pueden estar investidas las personas.

Hans Kelsen fundó en Viena, en la primera post-guerra, en torno a su Cátedra Universitaria la famosa Escuela del mismo nombre, inspirándose a la vez que en el positivismo, en el neokantismo Marburguiano: esta es, de todas las escuelas jurídicas actuales, la más influyente y la más seria; la que con mayor éxito y acierto ha logrado contestar la pregunta kantiana, formulada

anteriormente. Tuvimos el honor de escucharlo y de trabajar con él personalmente en Europa, antes de la segunda guerra, y en la Universidad de la Habana, hemos expuesto durante varios cursos su doctrina, ensayando una exposición de la Teoría General del Derecho, a través del pensamiento de Kelsen, y contra las conclusiones discutibles de la ciencia jurídica tradicional.

Antes de exponer, pues, nuestros puntos de vista críticos, fijemos la posición del pensamiento jurídico actual en torno a los dos pilares que sostienen la impresionante arquitectura de la Escuela de Viena: la Teoría de la norma jurídica y la Teoría del ordenamiento jurídico.

La polémica inmensa producida por la concepción pura de la norma jurídica se encuentra ya suficientemente decantada para que podamos aceptar, sin reservas, la siguiente conclusión en que Emanuel recoge sus más recientes manifestaciones: "La coherencia notable de las ideas kelsenianas hasta lo que llevamos expuesto (la teoría de la norma jurídica) es difícilmente discutible. Estimamos que en ellas reside el gran mérito de la obra de Kelsen, que, con una precisión jamás alcanzada hasta ahora, señala la total disparidad entre el Derecho y las Ciencias naturales. El valor de sus explicaciones se acentúa por un estilo de una claridad perfecta y de un método expositivo impecable. Ninguna mentalidad serena puede sustraerse a la grandeza de esa construcción, que, a nuestro parecer, es difícilmente criticable, y que, aun si debemos rechazar las consecuencias a que llega Kelsen, constituye una base que ninguna Filosofía jurídica futura podrá desconocer."

Sin embargo, en lo que se refiere a la concepción pura del ordenamiento jurídico, no puede el intelectual, por muy viva que sea su admiración por Kelsen dejar de reconocer que, en la elaboración de algunos problemas concretos, el eminente jurista no ha alcanzado la misma perfección; no obstante, la estructura de su concepción no por ello se invalida: aun en sus errores representa un magnífico punto de partida para la investigación científica del Derecho como complejo orgánico de normas.

La primera impresión que reciben ustedes, al escuchar cómo nos adentramos en la carne misma de la Teoría Pura del Derecho sin recordar, siquiera con la mera alusión de una cita, las bases filosóficas tan debatidas en que se cimenta, será sin duda, de que no sentimos inquietud o necesidad espiritual de fundamentaciones.

La obra de Kelsen es la más alta realización del Positivismo jurídico, concebido en su más límpida pureza y llevado hasta sus más absurdas consecuencias. "La Teoría Pura del Derecho es una teoría del positivismo jurídico": así termina una de sus más claras exposiciones: y es en verdad, una formidable acusación contra la

Ciencia Jurídica Tradicional por haber partido (como no podía dejar de hacerlo), de igual supuesto; pero por haberse desviado maliciosamente de esa exigencia metódica, no para coordinar o supraordinar el Derecho natural al Derecho positivo (como postula la auténtica Deontología) sino para introducir, "bajo la superficie de sus conceptos", ingredientes jusnaturalistas cuya finalidad era justificar la ideología capitalista.

Esa culpable amalgama de Ciencia y Política; esa adulteración del Derecho natural, doblegado al innoble servicio de lo injusto, es lo que Kelsen denuncia con viril energía: ningún jurista puede negar que la conciencia moral así lo exige.

Al llegar a este punto se revela bruscamente una de las facetas más sugestivas de la Escuela de Viena; su puro positivismo jurídico deja ver, por vez primera, al Derecho positivo en su nuda realidad, sin el bello y engañoso ropaje de la tradicional e imposible justificación jusnaturalista.

Ver el Derecho positivo tal como es... Es algo que suena, aún para el oído del profano, con timbres tan suaves, tan acostumbrados, que produce la ilusión de que siempre ha estado a nuestro alcance, de algo que llevamos dentro como una convicción olvidada, de puro consabida.

Sin embargo, esta es la más trascendental de las innovaciones de la Escuela de Viena. No se trata de plantear el problema en el plano deontológico en que resulta casi una platitud: se trata, y es necesario subrayarlo, de destacar científicamente lo que sea el Derecho positivo sin la ganga de un falso jusnaturalismo conservador que impedía indagar, en toda su dura realidad, su complejo de normas.

En la Filosofía del Derecho resulta ya inactual el debate en torno a la legitimidad de los temas deontológicos: su restauración es una de las más altas conquistas de nuestro tiempo, y ese honor cabe, esencialmente, a Stamler y a los grandes pensadores idealistas que, especialmente en Francia, proclamaron la eternidad del "irreductible Derecho natural" y la necesidad ineludible, como ha dicho Le Fur, de entregarse a la valoración.

Pues bien: aquí está, precisamente, la sugestiva paradoja a que conduce la Escuela de Viena. La más tajante separación entre el Derecho natural y el Derecho positivo que ha logrado el pensamiento jurídico lleva, inexorablemente, a una restauración del Derecho natural. Veamos como se opera este formidable viraje dialéctico.

Ya Moór, en un estudio luminoso, hizo una observación semejante; pero contemplando una faceta de la Escuela de Viena que hemos excluído deliberadamente de nuestro enfoque: se refería

a su faceta filosófica. Desde este punto de vista, resulta evidente que el formalismo logista conduce derechamente (como puede admirarse, por ejemplo, en el sistema de Del Vecchio) a una concepción del Derecho como atributo cardinal de la conciencia; y ello equivale, en el fondo, a hacer convergentes lo antológico y lo deontológico.

Nuestra afirmación es distinta: nos referimos a la Ciencia del Derecho, que es el punto de vista en que estamos colocados: desde él se contempla, bañado en una indiscreta luz blanca, que lastima la retina, pero que impregna de realismo, la verdad áspera, dura, del Derecho positivo; de ese Derecho positivo a cuyo estudio exclusivo toda una Escuela filosófico-jurídica hubo de consagrarse en el siglo XIX, por horror al Derecho natural... y esa luz blanca indiscreta provoca en el espectador sereno, como estupenda paradoja, un horror al Derecho positivo.

La concepción kelseniana del ordenamiento jurídico como técnica social, parece una reminiscencia de aquella frase acerada y germanísima de Ihering, de que el Derecho no era sino la política de la fuerza: "Si el Derecho —considerado con criterio puramente positivista, no es otra cosa que un orden coactivo exterior, conviértese en una específica técnica social: la situación social deseada prodúcese, o trátase de producirla, enlazando como consecuencia un acto coactivo (privación coactiva de un bien: la vida, la libertad, un valor económico) a la conducta contraria a esa situación. De este modo, puede perseguirse cualquier finalidad social".

Culmina esta visión jurídica en una afirmación muy grave: "Cualquier contenido puede ser Derecho..." ¿Es esto admisible? ¿Podemos aceptarlo los hombres de esta generación?

Autores hay que han sostenido la politicidad, la impureza política de la Escuela de Viena; su contenido ideológico latente. Y es que, en efecto, si la Ciencia Jurídica Tradicional peca por haberse puesto al servicio de una ideología capitalista, ante una afirmación semejante, ¿no se siente uno llevado a pensar que también la Escuela de Viena peca al aceptar que el Derecho pueda encarnar, realizar, cualquier sistema económico y social?

Considerado el Derecho como una simple técnica social, sin el control de las valoraciones, cualquier ideología puede transformarse en ordenamiento jurídico. Y, sin embargo, en esta maleabilidad jurídica es donde erróneamente se hace residir la pureza política de la Escuela de Viena; esa castidad ideológica que conduce en la realidad histórica, a aquella célebre boutade de Pascal: "on n'a pu donner la force a la justice, parce que la force a contradit la justice et a dit qu'ella était injuste, et a dit que

c'etait elle qui était juste. Et ainsi, ne pouvant faire que ce qui est juste fut fort, on a fait que ce qui est fort fut juste".

Kelsen es, sin duda, el forjador actual más grande y más feliz de la Ciencia del Derecho como disciplina autónoma, estricta y cultural; pero su mensaje más bello reside en provocar, bañando en luz blanca el Derecho positivo, revelado en toda su "iniuria", una nueva sed de Justicia.

El realismo sociológico ingenuo, que tiene una elaboración tan brillante en el pensamiento filosófico de Georges Gurvitch y tan promisores atisbos en ciertas Universidades Norteamericanas, considera que el Derecho no es la norma, sino la conducta regulada por ella y, en tal sentido, le interesa más ver la vida social que se hace jurídica, que el precepto que se hace vida. Más que jurisprudencia, es una sociología del Derecho, en que el Derecho se manifiesta en forma de costumbre; a veces como simple uso, como un hábito social o también como una conducta instintiva. Su noción no puede precisarse más porque se trata de un Derecho flexible brotado de la entraña misma de la vida en comunidad y que por eso, por reflejar en cada momento lo que la Sociedad siente como realización de la solidaridad es un Derecho que (en un sentido figurado) parece realmente que vive: por eso se llama Derecho viviente. Frente a él, el Derecho estatal o legislado se destaca como un Derecho sin vida, es decir que no recoge las palpitaciones sociales; frecuentemente entra en contradicción con la manera de sentir la comunidad, en un momento determinado, la solidaridad mecánica u orgánica.

En resumen, podemos decir que el Derecho viviente es el conjunto de normas que definen la conducta solidaria de los hombres cuando esta conducta afecta los bienes mínimos, las condiciones vitales de la comunidad; y que aunque no define la sanción correspondiente a la conducta contraria a la solidaridad (conducta antisocial) siempre se produce (del mismo modo que en las restantes normas sociales) una reacción colectiva contra el sujeto de esa conducta antisocial.

La peculiaridad, lo que caracteriza esta norma social del Derecho viviente (y que por consiguiente la distingue de las restantes, como la cortesía o las buenas costumbres) es precisamente la energía, la intensidad de esa reacción social. Ello está indicando bien a las claras que la comunidad reaccione intensamente porque la norma violada ampara un interés fundamental de la misma.

Por último hemos de referirnos al materialismo histórico, que tiene en la Rusia Soviética y en sus esferas universales de infiltración y de influencia tanta resonancia. Su doctrina jurídica enfoca al Derecho como fenómeno clasista, engendro burgués pro-

vocado por la propiedad privada de los medios de producción, sancionado y elaborado por un Estado puesto culpablemente al servicio de las clases dominantes, y en que se supedita, so capa de un falso derecho natural justificativo de positivo, al proletariado, al trabajador asalariado. La sociedad sin clases del futuro utópico (todavía sin vislumbrar) hará desaparecer, conjuntamente con el Estado, la molesta disciplina del Derecho, quedando solamente en una sociedad de hombres libres dos problemas por resolver, la producción de las cosas y su distribución, según el trabajo o las necesidades de cada cual... Pero la hora ha avanzado con menos inexorabilidad que el proceso dialéctico o con más inexorabilidad (según la opinión de quien escuche) y nos falta tiempo para dejar navegar nuestro espíritu por las esferas trascendentales de la ilusión político-social.

BIBLIOGRAFIA

"Teoría General del Derecho". Bustamante y Montoro, (A. S. de). La Habana. 2ª ed., 1940.

"La Filosofía del Derecho en el Siglo XX". Recasens Siches (Luis). México, 1945.

"La Definición del Derecho". García Maynez (E.). México, 1949.

Elías Entralgo

Varona y su proyección sobre la Cuba de hoy

EL nombre de Enrique José Varona figura en este curso de la Universidad del Aire sobre **Ideas y problemas de nuestro tiempo** con motivo de la actualidad del primer centenario de su nacimiento, que se cumple el próximo miércoles 13. Y el tema, tal como se nos plantea, significa un estudio —adaptado en su brevedad a la disciplina de la institución de que formamos parte— de la obra de Varona y de su posible trascendencia a la cultura y la sociedad cubanas de nuestros días. No veo, por el momento, otro modo de hacer esta indagación que acudiendo al análisis.

En el tiempo, Varona fué primeramente un humanista. Lo fué por su formación primordial y por sus primigenias producciones intelectuales. Quien sabe sintióse atraído por el Humanismo desde que topara con las primeras bellezas literarias en las lecturas de los clásicos griegos y latinos. Pero el Humanismo, si formalmente representó una vuelta a la antigüedad clásica con que el Renacimiento saludó una nueva época para la cultura occidental, esencialmente era el punto de partida para una reforma del hombre invirtiendo la concepción que del mismo había tenido la Edad Media. El Humanismo miraba al hombre en sí mismo, reafirmaba lo que le parecía más humano de él como individuo y como humanidad. La corriente humanista, contrariada por la deshumanización y el especialismo de la Revolución Mecánica, ha entrado en crisis en el siglo XX, desviándose en varias manifestaciones: la cristiana, la socialista, la liberal... Esta última es, quizás, la que más ha recogido las antiguas esencias

ortodoxas del Humanismo que Varona mantuvo hasta sus postreros días y que pueden resumirse en la afirmación de la independencia y dignidad del espíritu humano. En lo formal, el humanismo de Varona no causa efecto en la cultura cubana de hoy; en lo esencial, es ejemplo en que siguen inspirándose algunos cacaracteres señeros de la vida pública cubana de ahora.

Esas raíces humanistas determinaron no pocos caracterismos de la poesía lírica y dramática de Varona, sobre todo cuando cultivó ambos géneros más primerizamente: en aquellas hay que buscar el origen de la mesura, la propiedad y precisión de los giros, el conocimiento y aplicación de las normas clásicas más consagradas. En vano buscaremos resonancias de la poemática de Varona en la cultura cubana de la hora en que vivimos. No las hay ni en lo técnico ni en lo vulgar. En lo técnico es muy difícil hallar influencias de unos poetas cubanos sobre otros en ninguna época, y aquí reza muy bien aquello que la Biblia expresó para todos los tiempos y todos los espacios: "Nadie es profeta en su tierra". Nuestros poetas han preferido tomar por modelos a los de otras latitudes. En lo vulgar, los poemas de Varona no aparecen en nuestros libros de texto de la enseñanza primaria ni en los de la secundaria, ni figuran, sino muy por excepción, en los programas de quienes se dedican en nuestro país al arte de recitar.

Una de las modalidades más acabadas en la obra de Varona fué la crítica literaria. Para ejercitarla poseía muy singulares aptitudes: espíritu inconforme, lecturas variadísimas, acotadas y meditadas, gusto exquisito, retentiva abarcadora, facultad para asociar ideas, propensión al análisis penetrante. Esas calidades quedaron probadas en estudios eruditos de alguna extensión, primero, y en artículos impresionistas, después. Ni unos ni otros repercuten en críticos literarios cubanos de hogaño por la evidencia depresiva de que no los tenemos. Pero los juicios literarios de Varona conservan autoridad entre nuestros actuales hombres de letras y catedráticos de literatura.

Varona abrazó el periodismo como una profesión. Vivió en no poco de ella, pero también en mucho para ella. En sus tiempos de más frecuente actividad periodística, la prensa cubana prefería formar a informar. Prevalecían con creces en sus páginas los grandes fenómenos y procesos universales sobre los pequeños episodios cotidianos. Le preocupaba la opinión pública para orientarla con ideas vertidas sobre lectores tranquilos; no era un reflejo de intereses, pasiones, gustos o instintos de quienes unas veces hojean (con **h**) y otras ojean (sin **h**), bajo el signo del desasosiego. Por aquello, se buscaban y leían con predilección en **El Triunfo** y **El País** de la era colonial, en **Patria** y **El Fígaro** las co-

lumnas editoriales, en las que estuvo muchas veces, con o sin su firma, el pensamiento sincero de Enrique José Varona sobre asuntos políticos, económicos, sociales, éticos y estéticos. Si en el fondo, Varona se mantuvo fiel a una época en que se pensaba que el redactor debía encaminar a los lectores, y no éstos a aquél, —en la forma supo hábilmente ganarse al público por la brevedad y claridad de sus artículos cuando sus colegas solían escribirlos más extensos y abusando no pocas veces de la terminología técnica. En nuestra prensa actual abundan los artículos claros y breves. ¿Se podría hallar, por los que sutilizan antecedentes, algún rastro del influjo de Varona en esa manera de producirse tales articulistas?

El prosista y el pensador quiero conjuntarlos en el publicista. Expondré las razones que tengo para proceder de ese modo. El hombre insigne cuyo primer centenario de nacimiento estamos conmemorando, escribió siempre con sentido público. A pesar de que, a ocasiones, parecía un introvertido, no fué un grafómano —como, por ejemplo, fuéralo José Martí— que sintiera la necesidad de mojar la pluma para trasladar al papel muchos de sus estados de ánimo, no ensayó el diario íntimo, ni la carta interna. Todas las epístolas de él que conozco —y suman algunas— carecen de secretos. Tampoco cabría filiarlo dentro de la poligrafía, porque este término se presta a confusiones, ya que, por un lado, es el "arte de escribir por diferentes modos secretos o extraordinarios, de suerte que lo escrito no sea inteligible sino para quien pueda descifrarlo", y es, por otro lado, el "arte de descifrar los escritos de esta clase". El prosista y el pensador se asocian en el publicista por los valores universales que recibió en la primera condición y que transmitió en la segunda. En efecto, el estilo de Varona será antológico mientras se lea y escriba la lengua castellana y producirá eco en otros idiomas a medida que se ensanche el escenario de Cuba. Adquiérense estos méritos cuando se logra estar más allá de modas y escuelas, cuando un autor se sienta sobre el mapa mundi literario para esparcir serenamente desde allí su perenne gracia estética. Estilos como el **varonesco** constituyen algo así como la desembocadura de una corriente que ha recibido muy varias confluencias: de clásicos griegos y latinos, sobriedad, mesura, aticismo, ironía; de los españoles, propiedad, precisión, casticismo; de los escritores franceses, claridad, medida elegancia, sutileza; de los autores alemanes, la paciencia metódica; de las mismas incipientes letras de su patria, la observación del paisaje y la inclinación a la ternura. Y el pensador, subiendo la mente sobre el medio que lo circundaba, la elevó hasta los espacios donde pudo considerar las daciones del Mundo, los impulsos de la Vida, las formaciones de la Sociedad, las creaciones de la Cultura y los registros de la Histo-

ria. El prosista ha llegado a la cultura cubana de 1949 a través de dos de las representaciones de ésta: el lector y el autor. En cuanto a la primera, debo decir que hay no pocas bibliotecas privadas cubanas, compuestas en su casi totalidad por libros extranjeros, en las que estando ausentes las obras locales, no falta algún libro manoseado de quien provoca esta perifonía radial; y puedo añadir que conozco cubanos, de ferviente admiración varonista, que recuerdan íntegras y recitan con gusto algunas de las prosas eximias del Maestro: **Lo que piensa el obelisco, La bandera de la patria, A una esfinge chipriota, A la nueva estatua del parque, A Artemis Agrotera**... También sé de literatos cubanos con prestigio dentro del país y con crédito fuera de sus aguas jurisdiccionales, para quienes un giro usado por Varona o la acepción de un vocablo dada por él, tienen, en materia idiomática, el alcance de una sentencia definitiva. El pensador se proyecta algo en la cubanidad vigente; pero se proyectará con mayor fuerza en la del porvenir. Aún le llevan la delantera otros pensadores de su pueblo que vivieron antes y meditaron acerca de problemas relacionados con la composición nacional no resueltos todavía. Cuando los mismos estén decididos, y se concentre la mirada en los atinentes a la constitución estatal, Varona ocupará lugar preferente.

Al recordar la faceta filosófica de su individualidad se entra en un campo donde, de un tiempo a esta parte, en ciertos sectores del país, se le discute o se le niega. A mi juicio, ambas posiciones son equivocadas. ¿Que no alcanzó la plena categoría de filósofo Enrique José Varona o que no lo fué en modo alguno? No estimo que tuvieran esa opinión aquellos de sus compatriotas entendidos en tal disciplina que, como José Manuel Mestre, Enrique Piñeyro y Antonio Bachiller y Morales, le oyeron y aplaudieron las Conferencias Filosóficas. Tampoco tuvieron esa opinión Ribot, Bernard Pérez y la **Revue Philosophique**. En algunos artículos sobre materias filosóficas del Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano se citan conceptos suyos con un acento que no desentona del coro de voces de la filosofía universal. Poco después de haber recogido en libros tres de los cursos de las Conferencias Filosóficas, le escribía J. M. Guardia desde París el 24 de Julio de 1890: "No he contestado hasta hoy día a la carta que llegó a mis manos al mismo tiempo que los tres tomos de filosofía que Ud. tuvo a bien mandarme, antes de haberlo leído todo, pero invirtiendo el orden de su publicación. Me enteré primero de la moral, luego de la lógica, y pocas horas hace que acabé de leer la psicología. Y así puedo decir que he oído sus conferencias filosóficas sin dejar una sola, leyendo a renglón seguido, con suma curiosidad y gusto. Ojalá tuviéra-

mos aquí (recordemos que escribe Guardia en París el 24 de Julio de 1890) media docena de catedráticos como Ud., ilustrados e independientes, y enseñando lo que no saben los estudiantes de filosofía después de haber cursado un año esa facultad por los programas insulsos que imperan en nuestras aulas..." Los que no creen en la suficiencia filosófica de Varona se apoyan generalmente en su falta de originalidad. A ellos hay que decirles que esta cuestión se la planteó, y a mi parecer, la resolvió en síntesis luminosa un gran coetáneo de nuestro filósofo que tuvo con él más de una discrepancia. Manuel Sanguily, juzgando el libro **Desde mi Belvedere** decía con su habitual perspicacia crítica en la revista **El Fígaro** en Enero de 1907: "Pero muy difícil fuera rastrear en pensamiento tan potente y rico el origen de muchas de las ideas que adopta o expresa, que otros ya expresaron, bien que al cabo, y por lo mismo, están como diluídas en la atmósfera mental que hemos respirado o respiramos". A aquellos a quienes interesa molestar a Varona en su tumba a estas alturas, porque parece que todavía se sienten molestados por las ideas que difundió en alta voz, hay que denotarles que el propio autor de **Con el Eslabón** se les había adelantado, envuelto en primorosa modestia, al contestarle a Carlos de Velasco una carta en 23 de Marzo de 1916 para que su respuesta fuera a parar hasta José Ingenieros: "Tratando de mirar al fondo de mí mismo, —decía Varona en esa epístola— encuentro que no tengo la cualidad característica de lo que se llama un pensador: no he formulado ningún sistema, ni me he adherido a ninguno. En los comienzos de mi evolución mental me acerqué al positivismo, que después ladeé un poco hacia la doctrina fundamental de Spencer; y luego he flotado un poco, siempre dentro de los principios del fenomenismo. He seguido siendo refractario, al menos conscientemente, a toda metafísica". Los que para enjuiciar a Varona como filósofo le exigen rigurosa originalidad en todas sus ideas, olvidan o desconocen que el empeño absolutamente creador en filosofía es mucho más difícil y raro que en la técnica, en el arte o aún en la ciencia. Los grandes sistemas se producen muy de tarde en tarde. Si de un ademán pudiéramos borrar a Platón y a Aristóteles, ¿no quedaría eliminado de la pizarra filosófica gran parte del pensamiento medieval? Si con otro movimiento del borrador pudiéramos quitar a Bacon y a Descartes, ¿no haríamos desaparecer una inmensa porción del racionalismo moderno? Aunque el positivismo, el evolucionismo y el fenomenismo sean ya doctrinas estratificadas en la historia de las ideas, Varona está presente en el renacimiento de los estudios filosóficos con que una gallarda minoría de jóvenes cubanos comprensivos está reivindicando una de nuestras más ricas tradiciones intelectuales,

porque no sólo se influye en la mentalidad de una promoción por modo escolástico, sino también de manera actitudinal.

Un pleito revivido con ocasión de este primer centenario de su nacimiento es el de la alegoría dramática **La Hija Pródiga.** Siempre se la recordaron cada vez que le tocó estar en la acera de en frente de alguna pasión o de algún interés. Momentos hubo, cuando dirigía el periódico **Patria** de New York y cuando encabezaba la Sociedad de Estudios Jurídicos que se la memoraron, al mismo tiempo histórico, cubanos y españoles. Se la reeditaron cuando fué Secretario de Instrucción Pública y se vió precisado a disponer cesantías de catedráticos, y cuando fué candidato a la Vice-Presidencia de la República, y al candidato opuesto le rememoraban el haber obtenido un salvo-conducto del capitán general para ver a su hermano en plena manigua revolucionaria de 1895 y disuadirlo de su postura insurreccional; y la aludió el Presidente Machado, al regresar de los Estados Unidos, tras la pseudo-apoteósis de la pasarela famosa, en una perorata desde la terraza norte del Palacio Presidencial; y, por penúltimo, la citaba a raíz de su muerte, Wifredo Fernández, en el folleto que escribió y publicó estando preso en la fortaleza de La Cabaña, en aquellos días trágicos, confusos y contradictorios posteriores a la caída del machadato, en los que él, Wifredo Fernández, hombre de cerebro, se mataba de un tiro en el corazón, en tanto que el Coronel Roberto Méndez Peñate, hombre de corazón, se suicidaba de un pistoletazo en el cerebro. La serenidad de la historia, aún desde este año 1949, no debe silenciar la significación de **La Hija Pródiga**; pero tiene que juzgarla con toda objetividad, colocándola en un platillo de la balanza, y poniendo en el otro, el resto del pensamiento político de su autor sobre la conquista, factoría y colonización españolas; porque ningún biógrafo o historiador que se respete, donde hay noventa y siete virtudes y tres defectos, establece sus conclusiones fijándose en los últimos y prescindiendo de las primeras.

Si por una parte, la conmemoración del centenario ha sido coyuntura proclive para resolver lo negativo, por otro lado ha sido propicia para remover lo positivo, y para que se hayan publicado consideraciones muy felices e interpretaciones muy certeras de Roberto Agramonte, Félix Lizaso y Rafael García Bárcena sobre aquella rarefacta paradoja de la personalidad de Varona: la de que un pensador tan escéptico fuera a la vez un férvido animador de su pueblo. Agramonte le llama "el filósofo del escepticismo creador". Y es que Varona, al revés de una expresión ya paremiológica, parecía decir: "No hagas lo que digo, sino lo que me veas hacer". El creía en la voluntad, en la cultura, en el progreso. Por eso lo recordamos con emoción en el

primer centenario de su nacimiento cuantos creemos en la voluntad, en la cultura y en el progreso.

Enrique José Varona forma parte del más atesorado patrimonio espiritual de la sociedad cubana, y Raimundo Lazo lo ha enmarcado muy bien en el acervo nacional al concluir un artículo periodístico con estas palabras con que voy a terminar asimismo la presente lectura: "La vida y la obra de Varona, en su significado orientador y estimulante, pertenecen ya a nuestra historia, aceptemos o no aceptemos las ideas de Varona. Puede discutirse el contenido de su filosofía, pero no negarse arbitrariamente la existencia y valor intrínseco de ésta; puede enjuiciarse el contenido de toda su obra, pero no es lícito negar el valor permanente de su orientación y de su alcance, menospreciar su mensaje y sobre todo, desconocer lo admirablemente ejemplar de su manera de pensar y de su manera de convivir". (1)

●

(1) **Varona y sus enemigos** por Raimundo Lazo.—(Periódico Alerta. Lunes 4 de Abril de 1949. Pág. 4).

Emeterio S. Santovenia

Situación de las pequeñas nacionalidades

LO primero que conviene saber cuál es en este caso el concepto de Nación. Puede haber Nación sin que haya Estado. El Estado habla de relaciones internacionales y forma parte de la comunidad jurídica internacional. Hay Nación sin Estado cuando la unidad, la aptitud y la aspiración de un conglomerado humano de entidad, orientadas hacia la existencia propia, no la han logrado. En el caso de ahora, bajo el título de **Situación de las pequeñas nacionalidades**, se va a discurrir en en torno a las que también son Estados.

Inmediatamente después hay que ver qué entendemos por pequeñas naciones. En una concepción clásica puede tenerse por pequeña nación o pequeña nacionalidad aquella cuyas limitaciones materiales la reducen a ser poco más que un sujeto pasivo de la Historia en lo que ésta expresa poderío físico. Pero a la altura de nuestro tiempo pequeñas naciones son todas las que no caben en la clasificación de grandes potencias. Pocas son las grandes potencias en el presente momento histórico.

¿Debemos aceptar las definiciones contenidas en la Carta de las Naciones Unidas en esto de grandes potencias y pequeñas naciones? La Carta de las Naciones Unidas asigna asientos permanentes en el Consejo de Seguridad a los Estados Unidos de América, Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte, Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, República de China y Francia. He aquí cinco grandes potencias. ¿Debe entenderse que todas las demás son pequeñas naciones?

Lo que en esta somera disertación debe hallarse presente es un hecho no totalmente ajustado a la definición de la Carta de

las Naciones Unidas. No voy a referirme a la situación de naciones que es lícito llamar medianas: voy a referirme a las verdaderas pequeñas naciones, a las naciones cuyos recursos naturales y bélicos son tan reducidos que apenas si cuentan con algo más que la dignidad propia para conservar su seguridad exterior.

En este siglo, siglo de inventos y guerras sin precedentes, ha llegado a haber potencias tan enormes como jamás las hubo anteriormente. Pero también en este siglo se ha adelantado más que en cualquier otro tiempo en el respeto a las pequeñas naciones. En épocas no lejanas se hablaba del equilibrio de las grandes potencias, y se concluían conciertos que giraban sobre esa base, casi sin conceder importancia a las pequeñas naciones. En lo que va corrido desde la Primera Guerra Mundial las pequeñas naciones han alcanzado seria consideración, aunque no siempre la fortuna ha estado a la altura de la sana razón.

El presidente Woodrow Wilson, en mensaje dirigido al Congreso de los Estados Unidos el 8 de enero de 1918, expresó ideas fundamentales sobre la paz universal. El dedicó más palabras a la consideración de pueblos avasallados y desvalidos que a los intereses de las grandes potencias que estaban ganando la guerra.

Por efecto de afirmaciones de Wilson, creció la presunción de que iba a ser cierto el respeto a las pequeñas naciones. Se habló hasta más no poder de la libre determinación de los pueblos, sin discriminación por razón de tamaños. Wilson prohijó soluciones que variaron la geografía política de Europa, dando satisfacción a núcleos raciales que durante siglos habían sufrido extrañas dominaciones. Pero tocó al propio Wilson ser uno de los más sobresalientes negadores de las doctrinas internacionales de justicia y redención, pues su gobierno recrudeció el sistema de intervención en pueblos vecinos del suyo, algunos tan débiles como Haití y la República Dominicana, ignorando la soberanía de los mismos para dar satisfacción a simples demandas pecuniarias.

La paz que siguió a la Primera Guerra Mundial fué enturbiada por excesos de las grandes potencias. Las pequeñas naciones no habían logrado verse redimidas de negaciones de la personalidad propia. En veinte años de tregua el ansia de predominio universal utilizó distintos procedimientos en daño, desconocimiento y perdición de pueblos indefensos. Entre estos procedimientos sobresalieron:

1. El británico, fuerte en su tradicional sistema colonial, elástico y previsor en el Canadá, férreo e intransigente en Asia.

2. El norteamericano, encastillado en el criterio de que las fuerzas materiales de los Estados Unidos tenían entre sus obje-

tivos esenciales el de ejercitarse al servicio de una expansión económica con frecuencia negadora de la soberanía política de sus víctimas.

3. El alemán, inspirado en la supuesta superioridad de una raza y desarrollado en busca de espacio vital.

4. El italiano, fundado en la pretensión de vaciar en nuevas posesiones coloniales los excedentes de población de la metrópoli.

5. El japonés, enderezado a satisfacer la vieja apetencia de ensanchar el área del Imperio para dar cabida al constante aumento de sus habitantes y a los deseos de influir en la marcha del resto del Mundo.

6. El moscovita, incontenido en el afán de crecer en medio de naciones satélites, así para cumplir postulados provenientes de los siglos de los autócratas de todas las Rusias como para expandir las doctrinas soviéticas.

La Segunda Guerra Mundial estalló cuando el Mundo sufría estremecimientos causados por agresiones dirigidas contra pequeñas naciones. Las promesas con que había terminado la Primera Guerra Mundial yacían en absoluta ruina. De nuevo el mapa político de Europa, Africa y Asia estaba sujeto a graves modificaciones, siempre con desprecio e ignorancia de pueblos débiles.

Desde antes de entrar en la Segunda Guerra Mundial los Estados Unidos, por voluntad y decisión del presidente Flanklin D. Roosevelt, señalaron nuevas pautas para hacer posible, justa y fructuosa la vida internacional. La Carta del Atlántico, firmada por el Jefe del Ejecutivo de la Unión y el Primer Ministro de la Gran Bretaña en 14 de agosto de 1941, reflejó la política de la Buena Vecindad aplicada por Roosevelt en las relaciones de la Unión con las demás repúblicas de América, anteriormente víctimas de la intervención del gobierno de Wáshington en sus asuntos internos. Aquella declaración exaltó el respeto debido al derecho de todos los pueblos a elegir el régimen de gobierno bajo el cual habían de vivir y expresó el deseo de que se restituyesen los derechos soberanos y la independencia a los países que habían sido desposeídos de ellos por la fuerza. Posteriores declaraciones, desarrollan la doctrina de la Carta del Atlántico, reconocieron la necesidad de establecer una organización internacional basada en el principio de la igualdad soberana de los Estados amantes de la paz, abierta a inscripción de todos los Estados, grandes y pequeños, para el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales.

La cesación de las hostilidades encontró iniciados los trabajos enderezados a propiciar la paz y la seguridad del Mundo. América se había adelantado a madurar pautas rectificadoras. La Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Guerra y de la Paz, promovida por México y celebrada en Chapultepec, llegó a conclusiones trascendentales acerca de las relaciones entre los pueblos del Hemisferio Occidental, paso previo a la reunión mundial de San Francisco, en California, de donde salió la Carta de las Naciones Unidas, el más importante de cuantos documentos internacionales conoce la Historia.

La Carta de las Naciones Unidas contiene normas negativas y normas afirmativas respecto de las pequeñas naciones. Normas negativas son las que reservan a la unanimidad de los votos de las cinco potencias que ocupan los asientos permanentes en el Consejo de Seguridad la validez y eficacia de acuerdos del mismo. Normas afirmativas son las que reconocen los conciertos regionales y las que autorizan la intervención de las pequeñas naciones en la dirección de la política internacional.

Con su habitual sagacidad, madurada en muchos años de trabajo en relaciones internacionales, Salvador Madariaga ha hablado de la falacia en lo de naciones grandes y pequeñas, la misma falacia que ha engendrado el derecho de veto otorgado a las principales potencias. Una falacia es afirmar que las grandes naciones tienen que ejercer más poder porque les incumbe más responsabilidad. Muy otra es la verdad. La carga principal para reconquistar la paz del Mundo en la Segunda Guerra Mundial cayó sobre todos los hombres, mujeres y niños de las pequeñas naciones europeas, y sin éstas no hubiesen ganado la contienda las grandes potencias, y las propias grandes potencias fueron máximas culpables de la terrible conflagración, y ellas lo serán de cualquier otro conflicto bélico universal.

Otra autoridad en materia internacional, Sumner Welles, ha expresado que mientras mayor sea la participación de las pequeñas naciones en la dirección de los asuntos mundiales más se alejarán los peligros de nuevos horrendos conflictos y que los acuerdos regionales, puesto que se basan en el mejor conocimiento de los problemas locales, son en extremo útiles y eficaces para impedir el desarrollo de graves controversias. En el camino de estas innovaciones la voluntad y el ejemplo de América han tenido importancia decisiva.

La paz del Mundo está más o menos en peligro en la hora actual. Pero no podrá atribuirse tamaña perturbación a las pequeñas naciones. Lógicamente, esto tiene que contribuir al movimientos ascensional de las mismas. En el entretanto es cier-

to que a la mejora de su situación concurren los siguientes hechos y factores:

1. La caducidad del sistema de intervención de las grandes potencias en las pequeñas naciones.

2. La lección de la Segunda Guerra Mundial, que restableció los derechos y la soberanía de pequeñas naciones holladas y absorbidas por grandes potencias.

3. Los acuerdos regionales, llamados a deparar rango de gran potencia a cada conjunto de pequeñas naciones concertadas para fines de defensa común.

4. La rivalidad entre las grandes potencias, puesto que cada una de ellas ha de persistir en obtener, por indispensables, la colaboración moral y la material de las pequeñas naciones afines.

5. La participación de las pequeñas naciones en la dirección de los asuntos mundiales, aun con las restricciones contenidas en la Carta de las Naciones Unidas.

6. El poder de la virtud y la prudencia, capaz de suplir el de las armas en un mundo de buenas razones.

Nuestro siglo nos ha dado todo esto. Aunque no es lo más ni lo mejor a que ha podido aspirar el espíritu humano, es mucho más y mucho mejor que lo conocido en los tiempos que nos precedieron. Cualesquiera que sean las sorpresas que el porvenir reserve a las pequeñas naciones, en definitiva éstas continuarán logrando profundidad y altura, altura y profundidad que las grandes potencias han de ser las primeras en desear y auspiciar.

●

Loredano González del Campo

La cultura y las conquistas sociales

DENOMINAMOS Revolución Industrial, al complejo movimiento que se avizora allá por los días renacentistas, con la idea gestada por los Bacon y otros, de que "a la Naturaleza se le domina obedeciendo sus leyes", germen experimental que plasma en el establecimiento de las ciencias positivas con su proycción metódica, culminando, hacia la mitad del siglo pasado, en un maquinismo capaz de sustituir de manera creciente y con límites imprevisibles, la energía del músculo y la intervención del hombre en los procesos productivos.

La incorporación de este último agente, conmovedora de las formas de vida hasta los cimientos, trasladó el centro de gravedad de la comunidad humana, del taller doméstico y auto-suficiente a la fábrica gigantesca y anonimizante, cuya erección sólo fué accesible al rico que vino a constituir el capitalismo industrial, al que se confirió, en mucho más amplia escala que la tuviera el maestro artesano, la autoridad orientadora de las condiciones de trabajo, vale decir, de la propia vida y de las de sus subordinados. La producción en masa, hizo principal la similaridad de los rasgos formales del producto, quitándole aquel sello bautismal individualista: la fisonomía particular que antes le impartiera el espíritu del autor. El hecho productivo mismo, llegó a límites de desintegración, transformándose, de un conjunto de pasos complementarios e inteligentemente articulados que era, en sucesión de operaciones elementales y aisladas que hicieron simple la cultura tecnológica del trabajador, al que se le arrebató lo que para Goethe constituye la dicha suprema de las criaturas humanas —la personalidad— convirtiéndolo en ese su-

jeto especializado de quien ha dicho Ortega y Gasset, que su cultura es una forma específica de incultura. En otras palabras, se creó la especialización laboriosa, y la técnica, que en todo caso, aún en el de la última que es la más amplia, es limitación al conocimiento simple o al orden de conocimientos que se posee, al grado de que las más profundas especializaciones comporten un conjunto de parejas ignorancias, y con ellas, en la mayoría de los casos, el impedimento para más idónea y acertada movilización de los poderes mentales e iniciativas, aparte de que invalidan para la práctica normal e inteligente, de ese difícil arte que va siendo el vivir. Pero las consecuencias de la especialización laboriosa van todavía más lejos, porque destruyen en notable cuantía la capacidad para el esfuerzo subsistente, ya que, al reducir el mundo de la dotación individual a ejecutar una sola operación sencilla y no finalizante, el sujeto, apartado del complejo que la fábrica constituye en sí, pierde la posibilidad laboriosa y con ella, el derecho de compensación sobre que descansa la vida moderna. Con razón se afirma que la máquina desposeyó al hombre de todo, aún de lo que le era más precioso, dejándolo en posición análoga a la del proletarius romano, que lo era, porque sólo le había quedado, como cosa suya, la capacidad de dar hijos a la patria.

Conviene recordar también que, desde los tiempos más remotos, existen dos principios que se han adueñado de la voluntad del hombre, y en torno a los cuales viene girando la existencia humana en todas sus manifestaciones, los que se tornaron más apremiantes al impulso de la ola de materialismo coincidente con la expansión de la máquina. El primero, es el que establece y reclama la compensación para todo trabajo, impulso tan espontáneo y coercitivo, como para determinar que aún el más placentero esfuerzo exija de la Naturaleza o reclame de las agencias humanas esa forma de respuesta. El segundo, consecuente del anterior hasta cierto punto, puede sintetizarse en la pugna secular entre quien posee y quien quiere o debe poseer la riqueza, trascendente a lo social, creando las clases; a lo político, dando fisonomía al Estado, y hasta a lo religioso, dando forma y contenido a la estructura de estas organizaciones. Ambos principios, latentes en la nueva mentalidad materialista, se tradujeron en doble afán por menos tiempo de trabajo y mayor participación en sus beneficios, afanes significativos al cabo, de que la disminución de esfuerzo con la misma compensación avalora éste, y de que la mayor retribución al mismo esfuerzo, nos atribuye más amplia porción de riqueza. Ello nos explica que haya sido la realización de tales logros, acaso con manifiesto abandono de más nobles y enaltecedoras preocupaciones, lo que haya in-

formado los esfuerzos organizativos y de presiones sociales del conjunto sobre el individuo, durante los últimos cien años. La visión de que la fuerza colectiva es más poderosa que la indivual para tales propósitos, abrió la etapa de aglutinación premial o sindicalista. La nación de un Estado servidor del que posee, sustanció dos tendencias aspirantes a influir sobre sus determinaciones: la marxista, confinatoria de la acción al campo económico que, mediante la organización internacional del trabajo se espera que expulse al Capitalismo del poder, controlando éste; la de Fernando Lasalle y otros, propugnadora de la intervención política con igual propósito, que ha cristalizado en la penetración del sector, mediante los partidos laboristas y la lucha abierta por el establecimiento del sufragio universal y los gobiernos democráticos, como medio de asignar intervención en el poder a todo hombre, esfuerzo tan intenso y sostenido, que da matiz a la evolución política de la última mitad del siglo pasado y a lo que va de éste. Y es innegable que, por tales vías, se ha franqueado al hombre, en cierta medida, el logro de sus más sentidas apetencias, patentizado en la elevación del **standard** de vida material, en la disminución de la cuantía de esfuerzo indispensable para subsistir y en la ya indeclinable preocupación estatal por los problemas del trabajo, sin que sea utópica la aspiración de llegar a la semana de dieciocho horas laborables, con el auxilio de la creciente suplencia de la máquina.

Pero la cultura, sólo accesible a una minoría al advenir la máquina, se redujo más considerablemente, circunscribiéndose al mínimun de dotación racional indispensable para ganar la subsistencia, porción tan rudimentaria, que nos permitiría aplicarle el pensamiento de Maudsley, afirmativo de que no resulta el hombre una máquina mejor o peor con la conciencia que sin ella. Fué, muy avanzada la segunda mitad del siglo XIX, y no como apetencia primaria del hombre, sino como consecuencia de la exaltación del individuo —por prevalencia de la filosofía democrática— que la educación popular llegó a ser una aspiración, que no un hecho universal, como lo demuestra el que aún hoy, más de la tercera parte del género humano no sepa siquiera leer y escribir. Valga que aclaremos que saber leer y escribir no pasa de ser hecho preliminar al proceso educativo y a la positiva adquisición de cultura, es decir, dotación primaria indispensable que debemos consagrar a tales fines, sin que su escueta posesión nos confiera rango aceptable en tal sentido, siéndonos forzoso convenir que no todos los que saben leer y escribir, por el simple hecho, alcancen el apetecido desenvolvimiento del espíritu autónomo, desideratum de Kant, sobre el desarrollo completo de

las facultades humanas —eje del racionalismo— como forma de cultura.

Hay, pues, más que antinomia, una evidente diferencia de velocidad, una verdadera paradoja social, entre lo que el hombre de nuestro tiempo ha conquistado política, social y económicamente, y lo que ha ganado en la cultura que es sensibilidad y estímulo de sus poderes creadores; entre lo que el uso de la máquina le ha permitido dejar de hacer y lo que en otros órdenes se ha esperado que pudiera efectuar; entre lo que compensativamente a la unilateralidad elemental de su vivir era forzoso que ganara en interpretación de una vida compleja. Estamos hoy, después de siglos de progreso y conquistas populares, aún distantes del hombre plenario de Max Scheler, del hombre sin aspectos relegados o suprimidos, del microcosmos en que se den cita todas las esencias del mundo, por obra ineludible de la cultura. Y, sin embargo, estamos en el momento en que se ha otorgado al hombre mayor grado de autonomía física, en la persona y en el uso del tiempo, lo que viene a constituir uno de los difíciles problemas de nuestra época, que ya se acusa a sí misma de haber pretendido conciliar la mayor libertad con la mínima responsabilidad que supone una humanidad sin el adecuado control, imposible de otorgar por una cultura mínima y sin ritmo integral. En otras palabras, hemos creado un hombre al que sólo reclamamos siete horas y media diarias de trabajo productivo, que, sumadas a nueve promedialmente destinadas a reposo y alimentación, le dejan en libre disponibilidad casi ocho horas de cada día y un día de cada semana.

Es tanto más riesgosa de lo que a simple vista parece tamaña liberalidad, si pensamos que, cualidad distintiva de los seres racionales de los que no lo son, es la que determina que los primeros, al contrario de los otros, se vean constantemente impelidos, durante la vigilia, a hacer algo de lo que constituye su complejo activo, dejando de hacer, tan sólo relativamente, durante sus limitadas horas de reposo. De ello se concluye que es el hombre sujeto de tan activas vigilias que se convierte en el único ser capaz de experimentar aburrimiento, descartador de la posibilidad de que la inacción absoluta y el ocio vegetativo puedan ser actitudes normalmente placenteras para quien, en esencia, es sujeto típico del ocio en sentido clásico, que no es dejar de hacer, sino continuar haciendo en alguna otra dirección satisfactoria a nuestro afán.

Y completando esa naturaleza perpetuamente activa del hombre o como respuesta a ella, el mundo de hoy nos autoriza hacer muchas cosas, bellas y deleznables, constructivas y destructivas,

elevadoras y deprimentes, sabias y torpes, útiles y perjudiciales, quedando nuestra autonomía decisoria, tan sólo subordinada al grado de robustez de nuestra conciencia cultural, es decir, a la dosis de previsión y responsabilidad que tengamos respecto a los efectos y consecuencias derivantes de nuestras acciones.

En resumen, frente a un clima de libertad individual y de amplitud de tiempo libremente disponible, por el dispar cultivo de la integralidad humana, por la evidente falta de ritmo entre la cultura y las conquistas sociales, hemos situado a un ente de constitución inquieta y emprendedora, especializado, unilateral, mecánico, con una objetividad vital materializada y simplista, autónomo, señor de sí mismo, desprovisto del freno controlador que es una cultura suficientemente ambiciosa y eficaz, capaz de permitirle rebasar su parcialidad formativa con un grado de conciencia que regule y eleve su vivir.

Esta discrepancia evidente entre lo que el hombre puede hacer y lo que el hombre debe saber hacer noble y conscientemente, reiteramos que es problema de nuestro tiempo, que no sólo tiene que preocupar a la Educación como fuente dotacional de cultura, sino que debe preocupar a la sociedad, como escenario y objeto de las acciones individuales. Conviene observar, además, que tales riesgos se hacen más graves, si admitimos que la cultura no es empeño improvisatorio sino de lenta elaboración, mientras la actividad es insoslayablemente factual. Tan justificadas y hondas preocupaciones conducen a nuestra civilización a buscar derivativos intermediarios —esta feliz iniciativa de la Universidad del Aire, encaja aquí en el doble aspecto— en formas de cultivo vocacional que desemboquen en ocupaciones complementarias y **hobbies**; en el cultivo de la lectura, más allá de la dotación intelectual y como forma de disfrute imaginativo de diversos placeres, y hasta al establecimiento de escuelas de arte libre que despierten y cultiven la emoción creadora y contemplativa de las artes plásticas. También se presta atención a multiplicar los lugares de esparcimiento público y a lograr que los espectáculos de alta calidad solazante y educativa, sean accesibles a todas las clases del pueblo, produciéndose hasta notables esfuerzos estatales, enderezados hacia el establecimiento de millares de teatros y a la distribución gratuita de centenas de millares de aparatos de radio a toda la población. Estamos apelando al esparcimiento cultivador como medio de aminorar la recurrencia a viciosas y degenerativas formas de inversión del tiempo de libre disponibilidad. Pero la encomiable acción colateral, resulta, dentro de este análisis, confirmatoria de la gravedad del mal y de nuestra manifiesta incapacidad para atacarlo en sus raíces con la urgencia resolutiva que demanda el pe-

ligro de una cultura promedial, muy retrasada con vista a otros progresos sociales, factor efectivamente contribuyente a formas de degeneración juvenil y al empobrecimiento de las costumbres que confronta este mundo profundamente racionalizado. De ahí la angustiosa e inquietante interrogación de esta hora. ¿Qué rumbos tomará el sujeto de nuestro estudio para transformar en acción tamaño tiempo de libre disponibilidad? ¿Irá hacia lo más complejo que es lo más edificante por esfuerzo que cueste, o hacia lo más sencillo y positivista, que es a veces lo más vulgar y destructor? ¿Tendrá el refinamiento requerido para obtener solaz y placer en lo que sólo mediante el cultivo aprendemos a gustar, o encontrará más adecuada respuesta a sus apetencias simples y elementales en lo que la vida tiene de perverso y vulgar? ¿Habrá gama espiritual en él para exquisitas y sutiles afinidades, habiéndose formado en una cultura imitativa de linderos puramente objetivos? Y a nosotros, como individuos y como sociedad, ¿puede sernos indiferente que cada hombre haga lo que le plazca, nada menos que con la tercera parte de su ciclo de vida, que ya no es posible arrebatar a su libérrima determinación, aunque le sabemos indotado para invertirlo en forma que no represente un peligro de repercusión real o potencial sobre nosotros?

Supo Martí anticipar respuesta a estas preocupaciones cuando dijo: "El pueblo más feliz es el que tenga mejor educados a sus hijos, en la instrucción del pensamiento y en la dirección de los sentimientos". [1]

●

(1) Vol. I de las "Obras Completas de José Martí", pág. 853, Editorial Lex.

Luis Alberto Sánchez

Actuales desorientaciones en la literatura iberoamericana

UNO de los rasgos más impresionantes de la actual literatura iberoamericana es la ausencia de direcciones definidas, revelador síntoma de que hemos ingresado a formar parte del caos universal que azota a la humanidad en estos tiempos. Años ha, el aspecto era muy diferente. Se podían destacar, sin grandes dificultades, ciertos rumbos y lineamientos comunes. En poesía predominaban las tendencias natiwistas, en especial indigenistas y negristas. En novela se caminaba hacia un modo sui generis, vernacular, cuasi folklórico. El ensayo encaraba cuestiones sociales y económicas. El cuento resultaba una graciosa sucursal del folklore, adscrito, como la carne al hueso, a lo criollo. Era, en buena parte, todo aquello, una vasta riposta al modernismo, encandilado de exóticas perspectivas. Los sucesores de Darío y su grey, pretendían tal vez sin saberlo, restaurar el perdido equilibrio, dando cuerpo al alma y vigilia al sueño. Se perfilaba así una especie de literatura desvelada, tensa, consagrada a la observación de la realidad inmediata. Acabábamos de descubrir nuestro Nuevo Mundo. Colón, olvidado el astrolabio, atendía al gemido de la selva, se encogía ante la desolación de la llanura, feliz de tener donde recostar la cabeza.

La última guerra, y me atrevería a decir, sus torvos preparativos espirituales, produjeron un creciente retorno a la contemplación, un alborear de exasperaciones y crispamientos. Y aunque cada vez nos persuadíamos con mayor insistencia de nuestra personalidad ya diferenciada de la europea, lo cierto es que, de pronto, Oriente y Occidente se embarcó en idéntica aventura, y

nuestro regionalismo literario se empezó a fundir en cierto crisol inesperado de angustia, inseguridad y espanto.

No se podría precisar en qué obras se patentiza exactamente tal crisis, y ello lejos de constituir acusación contra el exégeta, revela imprecisión y puerilidad en el hecho comentado. De pronto callan los grandes maestros, los unos por la muerte, los otros por cansancio, algunos por descontento. Nuestros novelistas empezaron a dar traspiés filosóficos, perdida su personalísima bronquedad descriptiva, para darse a un desmañado deambular entre espejismos filosóficos, agonías escandinavas, soliloquios parisienses, hurgamientos pertinaces de la infancia, felices fugas a la fantasía absoluta. Los ensayistas prefieren escudriñar el infierno del alma antes que buscar soluciones para los infiernos del cuerpo. A la generosa actitud colectivista del 20 al 40, sucede una inequívoca pesquisa de lo individual. Sin haber completado el recorrido del mundo objetivo se inicia el rodeo del subjetivo. Igual que los adolescentes ávidos, cada cual trató de presentarse con disfraz de condenado dantesco, ardiendo en incandescentes campos de concentración sentimental e ideológica. Nuestros poetas siguieron el ritmo. Y si bien urgidos por sus mundos circundantes persistieron algunos en cierta especie de canto civil a la espectativa, los más tornaron al viejo instrumento individualista, enfurecidos de verse solos, o por no estar más solos aun de lo que estaban.

La guerra del 39 al 45 nos ha colocado literiamente contra la pared. Nuestros maestros han envejecido de repente. Aun jóvenes profesores de sensibilidad y fantasía resultaron de pronto repitiéndose a sí mismos o balbuceando, como niños, cantos que ayer brotaban claros y seguros de las gargantas estremecidos. Sin haber doblado el cabo de la Mala Esperanza, enronquecieron las voces de Neruda y Guillén; se perdieron en la Muerte las de Vallejo, Eguren, Huidobro; se hizo demasiado cromática la paleta de Carrera Andrade; vistieron de sombría angustia Hidalgo y Gorostiza. Todos como heridos en mitad del pecho, por lo insólito. Cada cual pudo repetir con Vallejo, aquello de "Hay golpes en la vida, Yo no sé". Nadie sabía cómo era el impacto, pero lo acusaron en su obra sin el coraje de denunciarlo.

Desde 1940, los acontecimientos adquirieron cierto ritmo ecuménico, adverso a todo aislacionismo, lo cual provocó el descarrilamiento de los regionalistas en prosa y verso. Y no era, ni es, que el regionalismo perdiera su vigencia, sobre todo en zonas geográficas donde aun queda tanto por desentrañar de la nube, el polvo y la ola. Es que empezaba a fracasar un viejo módulo, por querer asir demasiado pronto otro demasiado nuevo.

Algunos supondrán ya que pretendo cargar todo este desbarajuste ideológico en la cuenta del existencialismo. No. Desde hace una buena década se insinuaba entre nosotros la pugna entre los profesionales de la angustia —con menciones de Kierkegaard y Unamuno—, y los profesionales de la retina. Los tembladores y los miradores, los hipertensos y los visuales. En ciertas ciudades del Meridión continental ello fué mucho más visible que al Norte. En la medida que la naturaleza caía dominada, como en la pampa argentina, se hacía más patente el anhelo por encontrar indispensables conflictos, ya que no afuera, sí, por cierto, dentro del alma. Como a menudo suele ocurrir, los dramas pertinentes se desarrollaban de preferencia en el campo de lo apetecido y no en el de lo realizado. De esta suerte se opuso al criollismo descriptivo un evidente agonismo criollo.

La guerra detuvo el choque, pero detuvo también el crecimiento paralelo de ambas tendencias. Los elaborados monólogos ensayonovelados de Eduardo Mallea dejaron de contraponerse a los jugosos retratos de la escuela vernácula. Los descriptores encontraron llegado el minuto de poner en práctica sus observaciones y deseos, y permitir accionar a sus personaje más típicos. Cuando, en la toma de presidencia de Rómulo Gallegos, se dijo que entre sus electores habían actuado Doña Bárbara, Santos Luzardo, Cantaclaro, y Pobre Negro, se puso de manifiesto una verdad vital. Los personajes, hallado el autor, se desquitaron convirtiéndole en su criatura. La novela empezó a ser vivida, antes que relatada; y un compromiso de hacer sustituyó al de contar.

No es una vana coincidencia el hecho de que, en determinado instante, al finar la guerra, cuando urgía reconstruir esperanzas y levantar propósitos, fuesen los intelectuales, los escritores, quienes con mayor empeño tomaran a su cargo la responsabilidad de reconstruir sus patrias. Sin insistir mucho en detalles, me bastaría señalar la elocuente conjución de muchos de ellos en tareas de dirección colectiva. Como en mediados del siglo pasado, ser escritor significaba un deber múltiple. Los que habían manejado realidades, aunque fuese para ponerlas estéticamente al servicio de sus lectores, vieron llegado el imperioso deber de cotejarlas para colocarlas políticamente al servicio de sus conciudadanos. En cambio, la angustia profesional sentó plaza en los predios de los devotos de la fantasía y el exotismo. De ahí cierto aire ficticio de nuestra incipiente novela detectivesca, muy hecha a lo universitario y sajón; y el abnegado silencio de los regionalistas, llamados a conocer cuarteles en la plaza pública.

Un síntoma desconcertante de la situación literaria sobrevenida en América es, junto con el renacimiento de la influencia

francesa, cierto alejamiento juvenil de la literatura, y más aún, de la literatura de acción o de proclama. Los exégetas precipitados podrán hallar en eso la evidencia de que la juventud literaria está "recuperando el buen gusto". Tal vez sea la impetuosidad, que es señal primeriza del lirismo. Cuando una literatura tan nueva e indecisa como la nuestra pretende iniciar su marcha con excesivos Shelleys, Arthur Rimbaud y, en general, con un arte de esquisitez, trasunto de inoportuno juego intelectual en épocas de actividad vital; o sea, cuando la lectura suple a la vida, y se da impulso a una espontaneidad de tercer agua, hecha paradójicamente de sofrenarse y observa como proceden los otros, se puede afirmar que el momento cultural invierte, al menos de momento, el ritmo natural, y que los buenos reemplazan a las alondras, a la hora auroral de canto y fuego.

En estos meses, casi diría, en estos años, me ha tocado en suerte no tanto leer, como esuchar, **viva voce**, a los escritores de América, en su tierra, nativa a éste; en su país de refugio a ése; en su estación de turismo a aquél; en el antro de su aislamiento al de allá: todos hablan como desarraigados con ese tono dramático y sordo del que se siente en zona extraña. Somos, en este momento, una literatura de proscriptos que, por no atinar a señalar al causante de su desventura, evitan la blasfemia y la denuncia, y se desgarran con cilicios de silencio y látigos de balbuceantes y retóricas agonías.

Si; literatura de proscriptos, o, mejor aún, de réprobos, pero de réprobos ignorantes de su yerro, inocentes de su pecado. La nuestra es la trágica actitud de los pobladores de un lúcido limbo donde se purgan inexistentes crímenes, si cometidos, lejos de toda liberación y, por tanto, sin premeditación ni alevosía. Proscriptos de la tierra y el cielo; del corazón y la inteligencia, pues que todo esfuerzo concertado e inteligente despierta peyorativos comentarios y el fuerte fondo, temerosos silencios. Quedan la nube, la desesperación y el limbo. Nada menos.

Yo he tratado en estos días de reunir un elenco de personalidades representativas, nuevas; confieso mi desencanto. Aun aquellos que levantaban la voz con altanería de victoriosos hace una década o algo así, están como atados a su inmaduro estilo. ¿Cuál la novela o el relato en que, por ejemplo, Jorge Icaza, Ciro Alegría, Gil Gilbert, Edº Zalamea Borda, Juan Godoy, Silverio Boj, Julián Padrón, Enrique Serpa, superen sus logros de entonces? ¿Es que se trata de un modo americano según el cual se obtiene la madurez en la precocidad, y los treinta o treinta y cinco años señalan el pináculo de una inteligencia, y, por tanto, la iniciación de su caída? Surge aquí el recuerdo de José Eustasio Rivera, muerto en plena juventud, ya conseguida la fama. De

aquella caterva de poetas que daban insólita personería a nuestro Continente hasta la Guerra de España, —insisto: hasta la Guerra de España—, ¿dónde el insuperado canto, dónde el continuado y progresista esfuerzo? Las excepciones son pocas y jadeantes, o, al menos, parsimoniosamente lentas: Humberto Díaz Casanueva, por ejemplo, da en "**El Blasfemo Coronado**" una nota de pertinaz poesía.

Me explico el silencio por desgano o abrumador servicio público de otros escritores, jóvenes o maduros. Nadie exige, hoy, pero, sí, mañana, que Rómulo Gallegos insista en engrandecer su incomparable prestigio de forjador de caracteres y paisajes. Pero, sí, se esperaba que rectificaran o ratificaran su rumbo literario hombres en plenitud aún como Pedro Prado, Eduardo Mallea, Benjamín Carrión, Jorge Zalamea, Ventura García Calderón. Por este contraste y el consiguiente vacío, conmueve asistir a la renovada presentación —como nunca fuerte— de Eduardo Barrios y José Rubén Romero, en las dos puntas del continente, confirmando, en pleno otoño, sus derechos primaverales.

En el ensayo ocurre igual. Un puñado de ensayistas preclaros, Haya de la Torre entre ellos, cede ineluctablemente al convite del **hacer**, y, por tanto, el escribir se les dilata; muchos dejan de mano la pesquisa y elaboración de obras sistemáticas, y entretienen la pluma en escarceos útiles y vistosos, donde se muestra más bien un ánimo de no "no perder la mano", de mantenerse en forma, a la espera de conclusiones definidas y de clima más propicio. Se advierte un como acecido, una respiración entrecortada en bellas, pero atónitas glosas de Alfonso Reyes, Baldomero Sanin Cano, aun Gabriela Mistral, Jorge Mañach, todos ellos en la tensa actitud, de corredor en la partida, atentos al disparo del Destino, que no suena aún, desde hace casi diez años.

Por eso es que el espectáculo de las letras continentales de hoy ofrece tan ancho campo a la divagación pesimista, y tan cordial acogida al pronosticador de fracasos. Nada de eso. Si fracaso, el nuestro es exactamente igual al del resto del mundo, en que se debaten contra ubicuos y tenaces castradores los espíritus más lúcidos de nuestro tiempo. No soy pesimista. No me autoriza a ello la realidad. Lo que ocurre es que, repitiendo el símil, nos hallamos todos como corredores en la raya de partida, concentrando toda nuestra atención, todas nuestras energías, todas nuestras potencias para lanzarnos no bien se disipe la bruma y suene el disparo del juez. La "guerra fría" entre Asia y Norte América, ha cogido entre sus tenazas a Europa y nos tiene paralizados a los sudamericanos. Ha impuesto intempestiva madurez a un mundo adolescente. Pero, la tierra es la tierra y el

entusiasmo es el entusiasmo, y la seguridad es la seguridad. Esta tierra no ha sido aun íntegramente consumida por sus intérpretes literarios; este entusiasmo sabe que tiene el porvenir ante sí, y, después de tantas dudas, se avecina una era de certezas, quizá de jactancias, con lo cual se operará otro milagro como el modernista, pero más sustancioso y más nuestro.

Piedad Maza

Problemas del niño y del adolescente

EN el curso sobre "Ideas y Problemas de Nuestro Tiempo" que se viene desarrollando en la Universidad del Aire, no podía faltar una de las cuestiones que más preocupa a los estudiosos de los fenómenos sociales en la actualidad, a saber: el lugar que corresponde en la vida moderna al niño y al adolescente, es decir, al ser en desarrollo y en proceso de formación, que exige atención y cuidado para llegar a alcanzar la plenitud humana y cumplir sus funciones en el mundo adulto. Cabe, por consiguiente, partir, para el estudio de este asunto, de una pregunta básica: **¿Cómo influyen las características de la época sobre el proceso psíquico del desarrollo y el proceso social del ajuste?** ¿Hasta qué punto afecta la complejidad de la civilización a la marcha regular de las grandes leyes de la vida? ¿Cómo repercuten los rasgos de la sociedad actual sobre la psicología del niño y del adolescente?

A través de las lecciones anteriores, ha podido advertirse que un período de transición en el orden económico-social se traduce en un estado de ánimo confuso y desorientado en el aspecto psíquico, y éste a su vez conduce a una situación de crisis ideológica, como ha ocurrido en la vida cultural de Occidente. Se trata, en síntesis, de una falta de ajuste entre el individuo y la sociedad, que se pone de relieve en los diversos sectores de la economía, las relaciones familiares, la política, el derecho, la educación, la moral, el arte, la ciencia, la filosofía y la religión.

¿Qué papel les toca desempeñar en este panorama sombrío al niño y al adolescente, que constituyen, en la vida personal, el símbolo de "la edad de oro", el risueño paisaje que corresponde a la primavera dentro de la marcha de las estaciones y al alba

o la aurora en el transcurso de la jornada solar? En dos formas aparentemente contradictorias actúa la artificialidad de la vida moderna sobre el ritmo del crecimiento: la aceleración y el retardo. De una parte, la precocidad que se pone de relieve en los grandes conglomerados urbanos de Occidente, donde el niño, sometido a las presiones del exterior y al movimiento vertiginoso de la vida en una atmósfera malsana, se convierte prematuramente en un adulto vicioso o pervertido por las influencias ambientales; y de otra, los obstáculos que al impedir al adolescente la solución de sus grandes problemas vitales, mediante el ingreso en los diversos sectores de la sociedad: la familia, el trabajo y la ciudadanía, perpetúan una condición de irresponsabilidad, que no le permite alcanzar el desarrollo integral de la personalidad en el nivel adulto.

Así, se acentúa la discrepancia entre dos formas de vida infantil y juvenil, igualmente desastrosas para el logro de la madurez total: el niño de la clase proletaria obligado a asumir desde muy temprano las cargas del mundo adulto en el trabajo prematuro, que le impide gozar a plenitud de las oportunidades para un desenvolvimiento sano y normal de la personalidad; y el adolescente de las clases acomodadas, flor de invernadero, sometido a un tratamiento absurdo en el seno del hogar burgués, que prolonga indefinidamente el momento de la auto-determinación, llevándolo a asumir actitudes erróneas que dificultan el proceso normal de ajuste, al evitar el contacto con la realidad, mediante subterfugios de evasión que desembocan en la neurosis, cuyo núcleo reside en la persistencia o el retorno a fases anteriores del desarrollo emocional.

Es posible observar, a través de las investigaciones efectuadas tomando como base las biografías de hombres y mujeres ilustres, y las anamnesis de otras existencias humildes, una serie de fases desde el nacimiento hasta el final, escalonadas de acuerdo con esos aspectos esenciales. La primera fase comprende el período de la infancia y la niñez, en que no se suscita todavía como cuestión de principios el problema del sentido de la vida. La segunda se inicia alrededor de los quince años, cuando se plantea la cuestión de para qué vivir y se caracteriza por un plan tentativo, de carácter provisional. La tercera fase, marcada por la decisión específica y definitiva, que pudiéramos considerar como la especialización de funciones en el mundo objetivo, se establece hacia los treinta años, poco más o menos, la edad del "breve sobresalto". En la cuarta fase adquiere toda su importancia el punto de vista del resultado, del logro o del fracaso en la tarea emprendida, y se inicia alrededor de los cuarenta y cinco años,

en el otoño melancólico, cuando el hombre hace el balance de su vida. La fase final, que comienza hacia los sesenta aproximadamente, abarca los últimos años de la existencia y comprende la preparación para la muerte, la retrospección hacia el pasado, embellecido por el recuerdo, y la ojeada hacia un posible futuro, urgido por el sentido cósmico.

En el primer año de la vida, el recién nacido que al principio era un ser completamente encerrado en sí, va poco a poco abriéndose a las impresiones del mundo exterior, en la lucha por la comprensión del ambiente material y por alcanzar el propio equilibrio, a través de la actividad funcional. En la siguiente fase, de los dos a los cuatro años, el niño contrapone su yo al mundo y empieza a proponerse fines, como se advierte en la actitud negativista, de obstinación, que suelen asumir los pequeños en esta etapa. En la tercera fase, de los cinco a los ocho, se manifiesta, a través del tratamiento específico del material, la capacidad para la producción de una obra, y el establecimiento de relaciones sociales con cierto matiz de objetividad, al concentrarse el interés en las actividades comunes. En la cuarta fase, de los nueve a los trece años, se acentúa en alto grado la curiosidad y el afán de saber, produciéndose cierta tensión al separarse el sujeto del objeto, ya que, si bien al principio prevalece el grupo sobre los contactos individuales, el muchacho tiende posteriormente al aislamiento y a la absorción en sí mismo, al iniciarse la pubertud psíquica. En la quinta fase, de los catorce a los diez y nueve años, ya en plena adolescencia, se entablan relaciones personales de carácter íntimo, en la amistad y en el amor, y se advierte la tendencia a abarcar el Cosmos y la humanidad en conjunto, para formar los conceptos del mundo y de la vida.

En suma, la niñez y la adolescencia vienen a representar, desde el punto de vista del futuro del ser, un esbozo, un bosquejo o una anticipación de la vida humana en su totalidad. De lo que sea este prefacio, prólogo o preámbulo, depende el curso del destino individual. Descuidarlo o deformarlo constituye un crimen que se paga, tanto en el orden personal, como en el colectivo.

Por eso ha podido afirmarse que "una de las pruebas cruciales de todo complejo cultural se encuentra en el grado de atención que se presta a las necesidades del sujeto en vías de desarrollo hacia un nivel superior de madurez". Ahora bien, esa división del ciclo del crecimiento que acaba de exponerse de manera sucinta, muestra que se requiere un espacio de más de veinte años en la cultura actual para alcanzar la culminación de este proceso. Característica esencial de los seres humanos es, pues, la prolon-

gación de la infancia, que constituye una ventaja positiva en las funciones de adaptación puestas al servicio de las exigencias de la herencia racial y del progreso social. El niño de nuestros días aparece, no sólo como promesa de un futuro mejor, sino como el testimonio y la personificación del pasado venerable de la humanidad. La infancia, se ha dicho también, es a la vez conclusión y prefacio.

Tal vez no haya en el mundo más maravilloso espectáculo que el que nos ofrece el milagro sin cesar renovado del proceso del crecimiento, esa paradoja por virtud de la cual el niño permanece fiel a sí mismo, a pesar de los cambios que experimenta, obedeciendo a un modo característico de desarrollo que constituye la esencia de su individualidad. Hay que respetar las grandes leyes de la vida que se ponen de manifiesto en la sabiduría de nuestros pequeños, en relación más íntima con la Madre Naturaleza que con la civilización contemporánea. En este sentido, los factores ambientales sostienen, modulan o modifican, pero no generan los progresos del desarrollo, que proceden del interior del organismo. Hay que actuar de acuerdo con el ritmo natural, que fluctúa a medida que avanza, unas veces hacia la derecha, otras hacia la izquierda, ya hacia arriba o hacia abajo, mediante tres etapas que pudiéramos denominar de innovación, integración y equilibrio, respectivamente. El problema básico de la Paidología reside en la adecuada comprensión de las relaciones existentes entre el proceso de la maduración y la adquisición de la cultura.

Hay que procurar alcanzar el equilibrio entre la doctrina de la herencia que concede todo el valor a los factores intrínsecos, y la teoría del acondicionamiento que hace énfasis sobre los factores extrínsecos, ya que ambos aspectos, "natura" y "nurtura", se incluyen mutuamente, y sólo es posible concebir el uno en términos del otro. Así, en sentido dialéctico, sería posible reconocer tres momentos esenciales en lo que respecta al tratamiento de la niñez: 1º **el autoritarismo**, que encuentra su expresión en el punto de vista objetivo o sociológico, que al otorgar escaso crédito a la herencia, confía ante todo en el influjo de las fuerzas ambientales; 2º **la doctrina del "laissez-faire"** ("dejar hacer") que se aplica a la educación en forma análoga que a la vida económica, partiendo de la idea fundamental de que "el mundo marcha por sí solo"; y 3º **la filosofía evolucionista**, que representa el justo medio entre los dos extremos anteriores, pues toma como punto de partida la naturaleza y las necesidades del niño, enfocando el problema de la adquisición de la cultura en función del crecimiento.

Pero quizá no haya período de la vida humana en que se ad-

vierta con más intensidad el antagonismo entre la naturaleza y la sociedad actual, que en la etapa de la adolescencia. De este modo, cualquiera que sea la hipótesis que se acepte para explicarlo, siempre quedará en pie esta antítesis fundamental entre la individualidad joven y el mundo moderno.

Esa discrepancia permite comprender las características esenciales de la edad juvenil y los problemas vitales de la adolescencia en la sociedad actual. Sin dejar de reconocer que la inquietud propia de la edad obedece en parte al fenómeno biológico de la crisis de la pubertad, esta cuestión debe ser considerada, no sólo por su profunda repercusión en el desarrollo físico, sino por los efectos que ejerce en la vida espiritual y en las relaciones sociales. De esa manera, la cenestesia, o sea la conciencia de las transformaciones corporales, conduce a cambios decisivos en el concepto del yo, que a su vez se reflejan en la vuelta de la mirada hacia adentro para llegar al descubrimiento de sí mismo y a la formulación de un plan de vida que prepare el ingreso en los diversos sectores de la actividad humana.

De ahí la necesidad de estudiar el período adolescente como un proceso dinámico, a través de la fase de transición que abarca la experiencia fisiológica de la pubertad, la experiencia psicológica del conocimiento y dominio de sí mismo que permite el logro de la madurez emocional, y la experiencia sociológica del contacto con las realidades ambientales, que facilita el ajuste al mundo moderno. La adolescencia se encuentra frente a una serie de dilemas que dificultan su acceso al "status" adulto, al abordar la solución de sus grandes problemas vitales: **la emancipación de la familia, la independencia económica, la búsqueda de la pareja, la concepción del mundo y la estructuración de la personalidad.**

De este modo, en las relaciones entre padres e hijos, se pone de manifiesto la eterna controversia de las generaciones sucesivas, agudizada hasta lo inverosímil en nuestro tiempo, que obstaculiza el proceso del "destete psicológico", como símbolo del paso de la dependencia propia de la niñez a las responsabilidades de la vida adulta; en el ajuste al mundo económico, se plantea el conflicto entre la actitud lúdica que busca el placer de la función y la actitud productiva que acentúa el valor del resultado, entre el goce del recreo y el esfuerzo del trabajo, que habrán de fundirse en la obra creadora de la nueva cultura; en la búsqueda de la pareja, se advierte la separación entre la sexualidad y la erótica, entre el amor físico y el amor espiritual, que sólo consiguen armonizarse en plena madurez, en "el momento culminante de la vida en flor", como dice Spranger en su libro sobre la "Psicología de la Edad

Juvenil", aún no superado; en la concepción del mundo se acentúa la incompatibilidad entre los hechos científicos y los principios de la tradición; y en la estructuración de la personalidad se entabla la batalla entre los diferentes "yos", que dificulta el encuentro del "yo" central, que permitirá unificar en un todo coherente las fuerzas dispersas de la individualidad en vías de formación.

Pero, como no se puede dejar de reconocer el sentido profundo y la significación que revisten los conflictos en la vida espiritual, ya que templan el alma, y la habilitan para rendimientos superiores, a fin de dar después mejores frutos, tal vez podría justificarse la afirmación de que "los sufrimientos juveniles vendrían a constituir el precio que la humanidad paga por el progreso de la civilización".

Porque en la adolescencia, "tierra de paso", como la ha llamado Lou Andreas Salome, se intensifica la lucha entre las tendencias regresivas que llevan al sujeto a refugiarse en el pasado, con la nostalgia de la niñez, la "edad de oro" o el "paraíso perdido"; y las tendencias progresivas que lo conducen, a través de un mejor dominio de sí mismo, hacia una etapa superior de madurez.

De ahí que al establecer **el concepto de la madurez emocional,** la psiquiatría moderna señale como rasgos característicos del verdadero adulto, **el sentido de la independencia personal,** que lo capacita para sostenerse a sí mismo, sin tener que acudir a la ayuda ajena, a fin de poder resolver sus problemas con razonable prudencia: **el equilibrio entre la productividad y la receptividad,** que le hace experimentar mayor goce en dar que en recibir; una **libertad relativa de los sentimientos de inferioridad competencia y egoísmo,** mediante el cultivo de un espíritu de cooperación y de buena voluntad hacia el prójimo; **la armonía de la conducta con los postulados de una conciencia elevada,** que encuentra su plena satisfacción en el cumplimiento del deber, y la sanción íntima como índice de moralidad; **el dominio de las fuerzas agresivas** encauzadas hacia la lucha contra el mal y la injusticia que todavía prevalecen sobre la tierra, por la defensa de las causas nobles y justas; **la capacidad de amar plenamente, por** la fusión entre el eros y la sexualidad, la comprensión espiritual y la atracción física; **el sentido de la realidad,** que habrá de permitirle llevar a cabo la conquista del mundo interior, como lo viene haciendo ya a través de la ciencia respecto al mundo exterior; **y el desarrollo de una mentalidad alerta y flexible** para ajustarse a las cambiantes situaciones de la vida y ascender a niveles aún más elevados de madurez.

Ahora bien, ¿cuáles serían, desde el punto de vista práctico, las medidas más convenientes para conseguir en cada individuo el desarrollo de la plenitud de los poderes, la coordinación de los rasgos personales en un conjunto armónico, la madurez integral, en fin? ¿A qué instituciones correspondería la solución de los problemas vitales del niño y del adolescente en la cultura moderna? En una sociedad que se precie de defender los ideales de la democracia, no es posible rehuir la responsabilidad de entrenar a las nuevas generaciones para afrontar los conflictos del mundo actual y ponerlas en condiciones de resolverlos en forma adecuada. No en balde hoy en día se reconoce a las ciencias del desarrollo del niño y del adolescente —la Paidología y la Hebelogía— a través de sus aplicaciones a la educación, a la medicina, al derecho y a la asistencia social, como fuerzas culturales de enorme transcendencia en el mundo moderno.

Como dice a este respecto Gessell, "una mayor solicitud para los primeros años de la evolución humana, no sólo representará un beneficio terapéutico para los herederos del mañana, sino que también podrá constituir el fundamento para toda la profilaxis de la guerra, porque ¿cómo podremos nunca impedir la destrucción sistemática de la vida, si no establecemos un sistema de vigilancia concebido con el propósito de lograr una distribución mác justa y universal de la oportunidad de un desarrollo más perfecto para todos los niños y adolescentes?".

En esta inmensa tarea, la psicología moderna tiene una función primordial que desempeñar, ya que si se reconoce como postulado esencial, la necesidad de la paz íntima como requisito para lograr la paz mundial, es preciso admitir que sólo una sociedad de adultos maduros y plenamente desarrollados, está en condiciones de suministrar una base sólida para una vida mejor.

BIBLIOGRAFIA

Bühler, Carlota: "Infancia y Juventud". Espasa-Calpe, Argentina, S. A., 1946.

Bühler, Carlota: "La Vida Psiquica del Adolescente". Espasa-Calpe, Argentina, S. A., 1947.

Bühler, Carlota: "El Curso de la Vida Humana como Problema Psicológico". Espasa-Calpe Argentina, S. A.

Blos: "The Adolescent Personality". D. Appleton-Century Company, Inc., 1941.

Gessell: "La Educación del Niño en la Cultura Moderna". Editorial Nova, Buenos Aires, 1948.

Jones: "Development in Adolescence". D. Appleton-Century Co., Inc., 1943.

Landis: "Adolescence and Youth". Mc Graw-Nill Company, N. Y., 1945.

Mira: "Psicología Evolutiva del Niño y del Adolescente". El Ateneo, Buenos Aires, 1943

National Society for the Study of Education: "Adolescence", 1944.

Powdermaker and Grimes: "Como Atender y Entender al Niño". Kapelusz, Buenos Aires, 1948.

Saul: "Emotional Maturity", Lippincott, New York, 1947.

Zackry: "Emotion and Conduct in Adolescence". D. Appleton-Century Company, New York, 1940.

Dulce María Escalona

Nuevas orientaciones de la educación

RESULTA difícil exponer en una sola lección las tendencias educativas de nuestra época, y más difícil aún ofrecer una visión crítica totalizadora. Han sido tan rápidos, tan complejos y tan sorprendentes los cambios de actitud pedagógica en lo que va de siglo, que se impone cierta esquematización de lo ocurrido para no perderse en la maraña de teorías, críticas, incertidumbres y contradicciones que recoge la literatura pedagógica actual. Sabemos que toda vulgarización esquemática es peligrosa porque deforma los hechos e imprime un sello de superficialidad a sus interpretaciones; pero no vacilamos en acudir a ella, por afán de claridad y simplificación.

Hemos de referirnos casi exclusivamente a las tendencias actuales de la educación en Norteamérica por dos razones: primero, porque es difícil hallar otro país de cultura occidental donde se haya dedicado más tiempo, más energías y más atención a los problemas educativos que en los Estados Unidos y porque al mismo tiempo son los educadores norteamericanos los que han realizado esfuerzos más sinceros para adaptar la educación a un mundo en crisis. En segundo término, porque la educación norteamericana es la que ejerce una influencia más decisiva en nuestro país, y quisiéramos invitar a nuestros educadores a pensar más seriamente acerca de sus grandes virtudes y sus enormes defectos que, en la mayoría de los casos, son los que asimilamos más rápidamente.

Por comodidad en la exposición, separaremos el acontecer pedagógico de nuestra época en tres etapas: la primera, correspondiente al primer cuarto de siglo, podría caracterizarse por el de-

sarrollo de la **educación científica.** La segunda coincide con la depresión económica del año veintinueve y marca el momento culminante de la **educación nueva** o **educación progresiva,** como se denomina en los Estados Unidos. Y la tercera etapa, la que estamos viviendo, surgida poco antes de iniciarse la segunda guerra mundial, se caracteriza por la reacción violenta contra la educación progresiva. En el orden práctico, la campaña de oposición está representada por los educadores que se agrupan bajo la bandera del **esencialismo realista;** en el aspecto teórico es sorprendente la pugna en torno a la revisión de los fundamentos filosóficos de la educación.

Una breve explicación de cada una de las tendencias mencionadas y un rápido comentario crítico puede servir de estímulo a la curiosidad de nuestros oyentes.

Los rasgos esenciales del movimiento de educación científica son: primero, enfoque de los problemas educativos con espíritu científico usando el método de experimento y verificación para decidir las cuestiones prácticas; segundo, atención preferente al aprendizaje de la ciencia, no sólo por el valor de la información en sí, sino, especialmente, por el aprecio en que se tiene la actitud científica. En ninguno de los dos aspectos se ha logrado una realización práctica adecuada.

La resolución de los problemas educativos mediante la aplicación de los métodos característicos de las ciencias naturales encontró campo propicio en los Estados Unidos a causa del carácter práctico y emprendedor del norteamericano, y de los enormes recursos materiales disponibles. Es abrumador el número de investigaciones realizadas a partir del momento en que Thorndike enseñó a sus alumnos a dar un tratamiento estadístico a los resultados de la experimentación pedagógica. El método se ha aplicado a las cuestiones más diversas, tanto a la medición de los resultados del aprendizaje como a la capacidad para lograrlos; a la apreciación de los rasgos de la personalidad, como a la determinación de la frecuencia con que se usa una palabra en el vocabulario corriente. Al movimiento de educación científica se debe el progreso indiscutible de la técnica pedagógica en nuestro siglo. Ningún maestro bien informado prescinde hoy de las técnicas de aprendizaje de las asignaturas instrumentales, (lectura, escritura, aritmética) elaboradas aplicando la investigación científica al análisis de sus dificultades. Tampoco puede negarse la eficacia vocacional lograda mediante la determinación de las aptitudes individuales y el análisis de los oficios y ocupaciones humanas.

Consideremos los aspectos negativos de la llamada educación científica. Lo primero que salta a la vista es la ligereza

con que se confunde la investigación auténtica con la aplicación rutinaria del método estadístico. Son muchos los educadores que padecen el vértigo de la experimentación, trabajan afanosamente sin detenerse en la selección adecuada de los problemas, y mucho menos para reflexionar acerca de la confianza que le merecen los resultados obtenidos. Lo peor de todo es que han llegado a suponer que en el campo de la educación sólo tienen valor las pesquisas que conducen a un fin práctico determinado experimentalmente. El derroche de energías en la "construcción científica" de los planes de estudios, sin más resultado que el aumento de la confusión imperante, y en muchos casos la reiteración de conceptos equivocados, ha hecho decir a un profesor eminente que la construcción de los planes de estudios se ha convertido en un verdadero deporte.

La más seria de las objeciones que puede hacerse al movimiento científico, en la forma en que se interpreta habitualmente, es que desnaturaliza el verdadero espíritu de la ciencia; limita la indagación científica a la experimentación, sin tener en cuenta el sello de probabilidad que caracteriza todo conocimiento inductivo, y sin hacer intervenir el razonamiento para dar coherencia lógica a los hallazgos. En muchos casos se pretende hacer sobrevivir las interpretaciones necanicistas superadas de sobra por la ciencia contemporánea. En Cuba, a pesar del esfuerzo de Varona y de otros profesores eminentes, el movimiento científico no ha enraizado aún en nuestra educación, hemos adquirido el entusiasmo por los tests, pero no hemos sabido dar calor al empeño de los que entre nosotros laboran por lograr la verdadera formación científica de nuestra juventud. Es lástima que los estudiosos de la filosofía se anticipen a precavernos contra las desviaciones de la educación científica antes de que el espíritu de la ciencia haya penetrado en nuestras instituciones e informe el desarrollo técnico de nuestra vida nacional.

Lo que conocemos como **nueva educación o educación progresiva** es la culminación de un largo proceso de desarrollo que tuvo en su inicio un carácter incierto y esporádico, limitado a ciertas escuelas privadas, experimentales. En las dos últimas décadas el movimiento progresivo ha logrado penetrar el sistema de educación pública, sobre todo en las grandes ciudades, y ha adquirido señalada significación porque contra él ha enfilado sus baterías la crítica profesional. Para comprender el sentido de este movimiento y el alcance de los ataques de que es objeto, conviene destacar las tres fases predominantes de su historia: la primera hace del niño el centro de la preocupación educativa; la segunda exalta la función social de la escuela, y la tercera po-

ne todo el énfasis en el desenvolvimiento integral de la personalidad humana.

En el inicio, bajo la influencia del naturalismo de Rousseau, y de los progresos de la psicología, los educadores progresistas propugnaron un proceder didáctico basado en las urgencias naturales del desarrollo infantil, abogaron por el autodesenvolvimiento y la atención de los intereses inmediatos del niño: debía éste crecer en la dirección de sus propias necesidades e intereses; fué así como nació la idea de anteponer la libertad a la disciplina. Más tarde defendieron la unidad del método, el aprendizaje intencional y la integración de las actividades; surgieron entonces la enseñanza incidental, el método de proyectos, el programa de actividades, el programa de unidades de trabajo, y en años todavía recientes, la fusión de las asignaturas afines para formar nuevas materias más unificadas y generales: estudios sociales, ciencia general, matemática general.

A una aplicación errónea de estas teorías se debe, en gran parte, el fracaso práctico atribuído al progresivismo en los últimos años. Se ha dicho que la educación progresiva descuida el dominio de los conocimientos y destrezas esenciales para asumir las responsabilidades de la vida adulta; que es una educación floja, responsable de la indisciplina de la generación actual; que permite al niño un grado exagerado de libertad en el momento en que más necesita la dirección adulta; que desarrolla el egoísmo, la impertinencia y la desconsideración de los sentimientos ajenos.

Hay que reconocer que la situación descrita existe aunque no hay por qué hacer al progresivismo el único responsable del desastre. Muchos de los defectos apuntados se deben a la preparación inadecuada de los encargados de ponerlo en práctica. No se puede confundir el capricho infantil con sus intereses verdaderos. Además, la integración de las materias es difícil, supone cierta intimidad con los elementos culturales que se pretenden fusionar y cierto sentido para distinguir lo esencial de lo accesorio. El que haya observado de cerca alguna de esas escuelas donde se juega al progresivismo, entregándolo todo al azar y a la improvisación y dejando que el niño ejercite su actividad de manera anárquica, comprenderá cuánta razón tiene Dewey cuando, al criticar lo que Kandell ha llamado "la generación espontánea de la vida mental", afirma que este método es estúpido, puesto que intenta lo imposible y desconoce las condiciones del pensamiento independiente".

Se impone una rectificación. Para lograrla estamos decididos a luchar con el mismo entusiasmo con que contribuímos a divulgar en Cuba el movimiento de educación nueva.

La influencia de Dewey sobre la educación progresiva ha sido determinante; de ahí la adhesión inicial de los progresistas al naturalismo, y su preocupación posterior por las implicaciones sociales de la escuela y su adaptación al cambio. Consecuencia inevitable de estas ideas fué la actitud de sus líderes ante las dificultades educativas creadas por la depresión económica del año veintinueve. Fué entonces cuando señalaron por primera vez el papel que le corresponde a la escuela en la reconstrucción social y desecharon la idea de una educación basada exclusivamente en las necesidades de los alumnos por considerarla opuesta a los intereses de la comunidad. En mil novecientos treinta y tres la Asociación de Educación Progresiva hizo un llamamiento a los maestros de la nación en el que destaca el carácter cooperativo e interdependiente del orden económico contemporáneo. Era una invitación a los maestros para cooperar en la transformación de la democracia tradicional de carácter individualista en una nueva democracia de base colectivista, con un sistema de producción y distribución organizado de acuerdo con los intereses de los que trabajan; se pretendía con ello garantizar a todos y cada uno de los niños de la nación las más plenas oportunidades de desarrollo personal. Muy caro había de pagar la Asociación el pecado de esta utopía. Siempre había sido atacada, pero en la última década la ola de criticismo adquirió fuerza tal que los líderes del movimiento se vieron obligados a justificar sus doctrinas ante la opinión pública.

Con el estallido de la segunda guerra mundial comienza la verdadera crisis de la educación contemporánea. Desvanecida la esperanza de reconstrucción social, en medio de la tragedia, se descubre que la aplicación de las teorías progresistas no responden a la finalidad propuesta y se hace entonces imperativa su revisión. En el folleto titulado "La educación progresiva: su filosofía y su reto", publicado en mil novecientos cuarenta y uno, la Asociación formuló de nuevo su credo: "Los ideales dominantes de nuestra cultura democrática continuamente reinterpretada y definida marcan la dirección de la educación"... El Comité encargado de redactar este folleto dió a conocer la decisión de abandonar la lucha por una sociedad planificada, y fijó dos objetivos principales a la educación: respeto a la personalidad humana y participación social cooperativa.

Las críticas hechas al progresivismo en el orden pedagógico han dado origen en los Estados Unidos al movimiento conocido con el nombre de **esencialismo realista.** En el congreso celebrado en Atlantic City por la Asociación de Administradores Escolares en mil novecientos treinta y ocho, se hizo pública por primera vez la discrepancia entre progresistas y esencialistas. Los esencialis-

tas como los realistas del siglo XVII, consideran que el propósito fundamental de la educación es adaptar al individuo a las exigencias reales del mundo externo. Conciben la educación como un proceso de conservación y transmisión de la herencia cultural. Toda organización social, no importa en qué estado de desarrollo se encuentre, posee una herencia de conocimientos, destrezas, actitudes y valores que la escuela debe trasmitir a las generaciones más jóvenes. Sostienen que las realidades del medio físico y del ambiente social limitan la libertad y el interés individuales. La necesidad de la dirección adulta en la infancia y en la adolescencia es inherente a la naturaleza humana: este es el significado real del largo período de dependencia del cuidado adulto de los vástagos humanos. Es este período plástico el que ofrece oportunidades para imponer al joven la herencia cultural.

Cuando sostienen la urgencia de devolver la disciplina a las escuelas no se refieren a la obediencia ciega a una autoridad tiránica. Creen ellos que la autoridad descansa en las realidades de la vida; todos los deseos, todos los proyectos y todos los propósitos individuales están siempre sujetos al veto poderoso de la realidad. Los niños tienen que aprender a ser disciplinados; la autodisciplina es la meta; pero la disciplina impuesta es necesaria mientras se logra aquella. La juventud necesita de la ayuda competente, comprensiva y firme del maestro para adaptarse a los hechos inexorables.

Los esencialistas dan más importancia a la formación de hábitos que a la capacidad para reaccionar independientemente ante las situaciones problemáticas, a la guía sistemática que al incidentalismo, prefieren la disciplina a la libertad, el esfuerzo al interés, la represión a la manifestación espontánea de los deseos del alumno.

La entrada de los Estados Unidos en la contienda mundial fortaleció las doctrinas del esencialismo porque el reclutamiento para el servicio militar puso en evidencia el fracaso del sistema educativo americano. El peligro de destrucción de la democracia urgió a la escuela a incorporar a sus planes de estudios los elementos esenciales para la lucha por su defensa y por la preservación de la forma de vida americana.

En un principio el esencialismo se preocupó de corregir las deficiencias en el aprendizaje de las asignaturas instrumentales. Mas, con el desarrolllo de la guerra, todo el esfuerzo educativo se concentró en los tipos de preparación práctica que nos llegan en la actualidad bajo las rótulos de "Educación para la conservación de la salud y del vigor físico", "Educación para la ciudadanía", "Educación para la vida de la comunidad tanto nacional como internacional", "Educación para el trabajo producti-

vo", "Educación para el ajuste personal". Las limitaciones del movimiento esencialista son evidentes, no es correcto reaccionar ante las deficiencias prácticas del progresivismo renunciando a sus aspectos más positivos. Además, aferrarse al pasado en un momento de transformación profunda es crear un nuevo factor de tensión y desajuste.

La sucesión rápida de credos y teorías contradictorias dentro de una misma tendencia educativa y la coexistencia de doctrinas antagónicas, explican la confusión, el desorden y la incertidumbre actuales, y el ansia por encontrar un principio unitario que dé coherencia a la teoría y a la práctica educativas. Se ha pensado que es la filosofía la que puede ayudarnos a lograr una concepción unitaria de la vida y a crear un sistema de valores. El problema no tiene solución fácil y rápida; porque también los filósofos están en desacuerdo acerca de sus problemas más fundamentales, sus conflictos afectan la naturaleza misma de la filosofía. No faltan quienes aseguran que el retorno a la metafísica solucionará nuestros conflictos y hará desaparecer nuestra angustia. Es posible que haga desaparecer la inquietud de aquellos que se sienten atemorizados ante la inseguridad del futuro porque la metafísica ha servido siempre de sostén a las creencias aunque no pueda servir de fundamento a las mismas. Los que ocupan la posición extrema admiten la existencia de verdades absolutas, universales y eternas, o lo que es lo mismo, admiten la existencia de verdades que no estén expuestas a la crítica o que puedan ser modificadas en la intención, o en la aplicación cuando surgen nuevas condiciones. Sostienen estos pensadores que el conocimiento de la realidad última es el fundamento de la ética; intentan basar la teoría y la práctica educativas en "una certidumbre establecida racionalmente que va más allá de la experiencia fugaz y fragmentaria del hombre".

No es posible unificar los criterios educativos sobre esta base; no todos los que defienden el punto de vista metafísico están de acuerdo acerca de la naturaleza de la realidad, ni admiten la posibilidad de alcanzar la verdad universal mediante la especulación filosófica. Proponerse la indagación de la verdad no es lo mismo que afirmar su logro. Los puntos de vista metafísicos son polémicos y a menudo vagos e inciertos. En una sola cosa están de acuerdo los educadores que hacen hincapié en la metafísica: en su oposición al tipo de filosofía pragmática de John Dewey conocido, como instrumentalismo, que ha servido de base a la educación progresiva.

Dewey y sus discípulos niegan la existencia de principios absolutos, sostienen que la filosofía no puede separarse de la vida, que no trata sólo y únicamente de lo cierto, de lo que no está

en contradicción con el bien. La filosofía se ocupa principalmente de lo problemático, es una indagación que comienza en el cambio y la perplejidad; su trabajo de reconstrucción de las ideas y de los valores no termina nunca, ni alcanzará nunca la perfección. Sus conclusiones, sus hipótesis y sus asertos necesitan ser comprobados, corregidos, trabajados de nuevo, reconstruídos, a la luz de los cambios en el pensamiento y en la sociedad".

Los defensores de la metafísica, al pretender formular un sistema de valores pasando por alto, o reduciendo al mínimo la experiencia social contemporánea, están en contradicción con los hechos mismos que han determinado la crisis actual. La filosofía de la educación debe relacionarse con un estilo de vida que refleje la experiencia contemporánea al mismo tiempo que ofrezca un ideal de desarrollo futuro, sin perder de vista los valores permanentes de nuestra cultura.

No queremos terminar dejando flotar en el ambiente la duda y el escepticismo. Hay que seguir el consejo de Don Luis de Zulueta: "en semejantes momentos de confusión, no hay si no una posición firme, una actitud segura: Volver a empezar... olvidar las frases hechas e ideas prestadas, comenzar de nuevo... preguntarse a sí mismo con entera lealtad interior qué es lo que muere, qué es lo que sobrevive, y qué es lo que permanece en el fondo de la propia conciencia".

BIBLIOGRAFIA

J. B. Berkson. "Education Faces the Furute". Harper & Brothers, 1943.

Howard Munforn Jones. "Education and World Tragedy". Harvard University Press, Cambridge, Mass. 1946.

I. L. Kandel. "Conflicting Theories of Education". The Macmillan Co., 1938.

I. L. Kandel. "The Cult of Uncertainly". The Macmillan Co. New York, 1943.

Report of the Harvard Committee. "General Education in a Free Society". Harvard University Press. Cambridge, Mass. 1946.

National Society for the Study of Education. "Philosophies of Education". Fortyfirst Yearbook. Part. I. The University of Chicago Press, Chicago, 1942.

Frederick S. Breed. "Education and the New Realism". The Macmillan Co. New York, 1939

Educational Police Commission. "The Education of Free Man in American Democracy". National Education Association of the United States and the American Association of School Administrators. 1201 Sisteenth St. Norwest, Washington, 1941.

Educational Polices Commission. "Police for Education in American Democracy." National Education Association of the United States, Washington, D. C., 1946.

John Dewey. "Education Today". G. P. Putmans Sons. New York, 1940.

John Dewey. "Experiencia y Educación". Editorial Losada, S. A. Buenos Aires, 1939.

John Dewey. "Democracia y Educación", Editorial Losada, S. A. Buenos Aires, 1946.

IDEAS Y PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO

CURSO INAUGURAL - SEGUNDA PARTE DEL PROGRAMA

(RECTIFICADA)

20 Mayo 29	a)	Problemas actuales de la Medicina	Dr. Pedro Iglesias Betancourt
	b)	Orientaciones de la Psiquiatría	Dr. René de Lavalette
21 Junio 5	a)	El deporte en nuestro tiempo	Dr. Luis Amado Blanco
	b)	Problemas de la herencia biológica	Dr. Antonio Ortega
22 Junio 12	a)	De Unamuno a Ortega y Gasset	Dra. María Zambrano
	b)	La nueva estética	Dr. Luis A. Baralt
23 Junio 19	a)	La higiene social	Dr. J. Chelala Aguilera
	b)	Valoración actual de las Humanidades	Dra. Vicentina Antuña
24 Junio 26	a)	La actual expresión literaria	Dr. Juan J. Remos
	b)	Resumen del Curso	Dr. Jorge Mañach



Distribución exclusiva:
OSCAR A. MADIEDO
O'Reilly 407
La Habana.